

PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

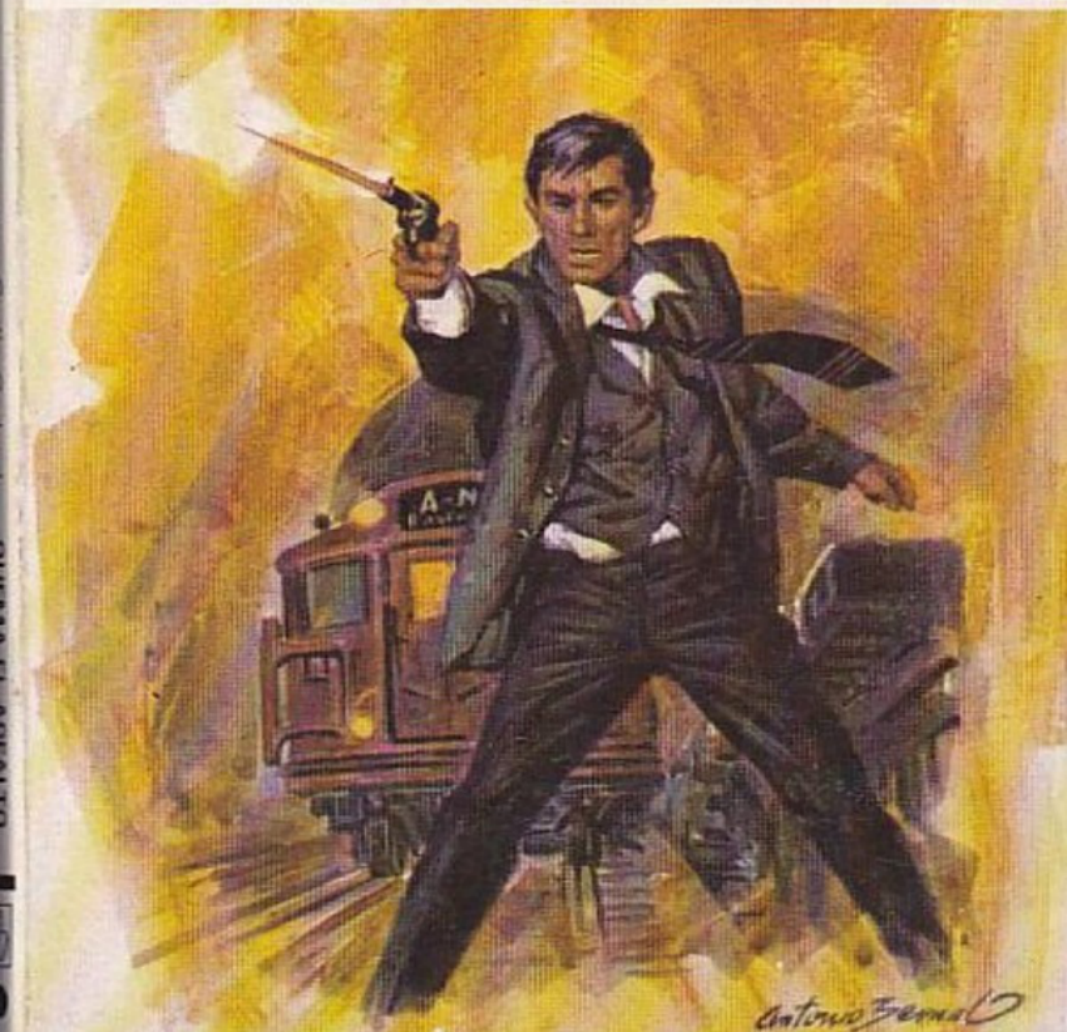
BOLSILIBROS



POLICIACO

QUEMA EL ASFALTO

Curtis Garland



PUNTO ROJO

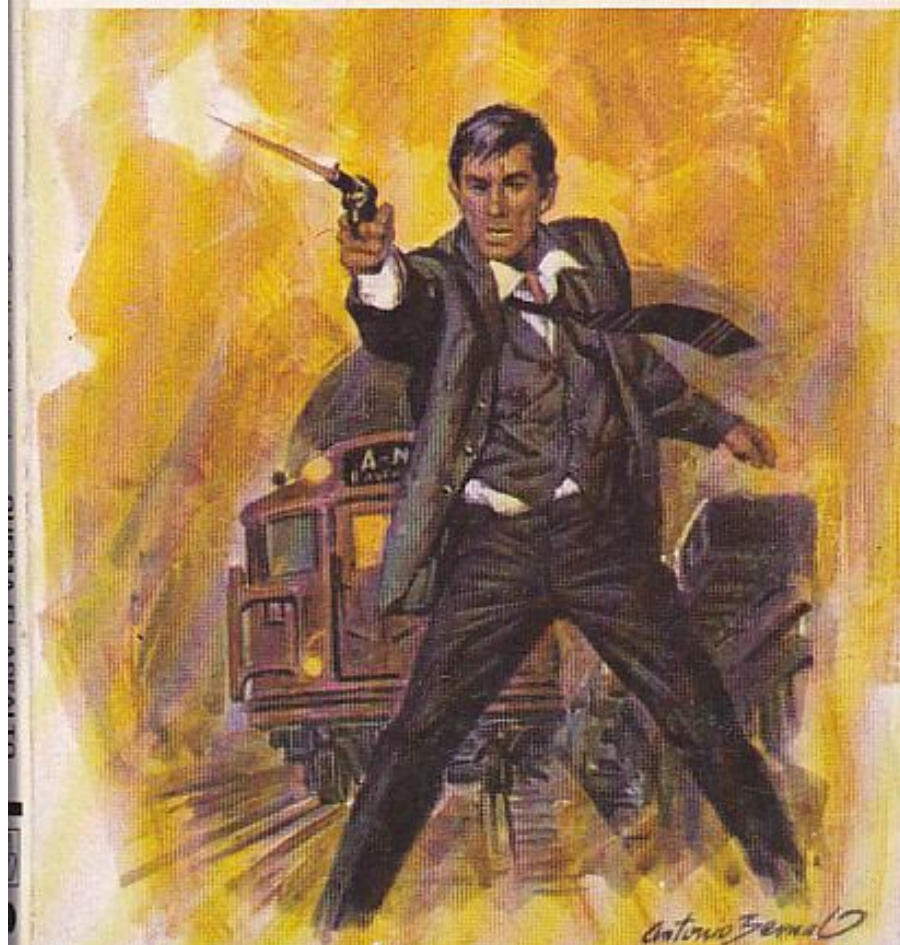
**BRU
GUE
RA**

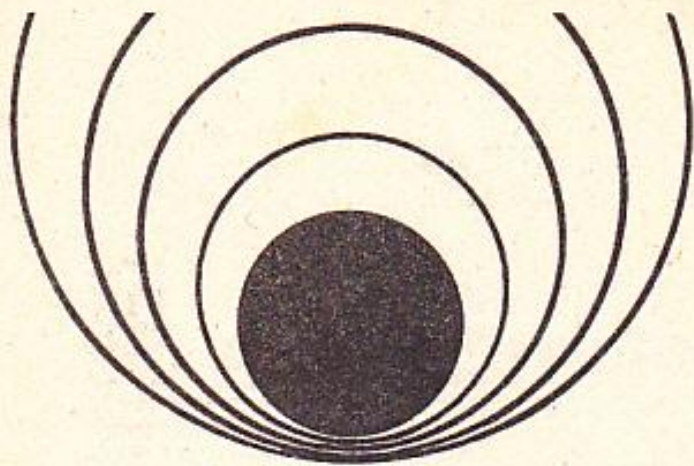
BOLSILIBROS

POLICIAO

QUEMA EL ASFALTO

Curtis Garland





PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

QUEMA EL ASFALTO

Colección PUNTO ROJO n.º 1.135 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA
EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.740 — Alguien que no existe.

En Colección PUNTO ROJO:

1.121 — Ojos color de jade.

En Colección LA HUELLA:

134 — Pasaje sin salida.

ISBN 84 02 02520 X Depósito legal: B. 40.247-1983

Impreso en España Printed in Spain

1.* edición en España: febrero. 1984 1 * edición en América: agosto,
1984

© Curtis Garland - 1984

texto

© Bernal - 1984

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA. S.

A. Camps y Fabrés, 5 Barcelona (Españal

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple

coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N 152. Km 21,650) Barcelona 1984

CAPITULO PRIMERO

La joven se paró en seco, horrorizada.

Sus ojos claros miraron al hombre erguido ante ella. La luz de una farola cercana recortaba su silueta contra la llovizna de la noche. El suelo reflejaba, como un espejo negro, la sombra del individuo de gabardina clara y sombrero flexible, parado delante de su camino, en medio de la acera.

Dominó su terror lo mejor posible.

—A lo mejor es sólo una coincidencia —musitó—. No puede ser... *él*. Sería demasiado horrible...

Eso era lo que pensaba, aquello de lo que quería convencerse. Pero lo cierto es que el desconocido se parecía demasiado a... *él*.

Se armó de valor y dio unos pasos, muy pocos. Sus tacones sonaron en el asfalto mojado, brillante como charol. El hombre de la gabardina no se movió. La sombra del ala de su sombrero le envolvía en oscuridad el rostro. Tenía las manos hundidas en los bolsillos. Sí, se parecía *demasiado*, volvió a pensar con angustia.

Y dio unos pasos más, cada vez más próxima a él. El hombre permanecía inmutable.

Alrededor de ellos, sólo silencio y vacío. La madrugada en la gran ciudad era solitaria últimamente. Había miedo. Siempre lo había. Pero las personas como ella no podían dejar de caminar en plena madrugada. Formaba parte de su trabajo. El club lo cerraban a las cuatro. No salía de allí hasta las cuatro y media, siempre que hubiera suerte y no la entretuviesen más. A veces iba acompañada hasta la estación de metro. Sobre todo, después de haber ocurrido *aquello*, y hasta que cazaron al tipo y lo metieron en presidio.

Pero esta noche, iba sola. Nadie había podido acompañarla. Un compañero tenía una cita, otro estaba enfermo, una chica amiga suya había tenido que quedarse en el club con un buen cliente, hasta más de las cinco. Eran cosas que pasaban en aquel oficio.

Y el hombre seguía allí. A sólo cinco o seis pasos de ella. Quieto, inmóvil, como si no tuviera vida. Pero la tenía. Vaya si la tenía. Podía vislumbrar un vago destello. Sus ojos bajo el ala del sombrero, fijos en ella.

Tuvo miedo. Mucho miedo. Era como volver a *aquello*. Después de todo, el tipo estaba suelto otra vez. Libre. La justicia había cometido otro de sus tremendos errores. Un pequeño truco legal de un buen abogado, y el juez había tenido que anular el juicio, dejando en libertad al acusado. Ocurría muchas veces. La palabra justicia sonaba bien, pero no siempre era algo más que eso, una bonita palabra. A veces no era nada.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —se atrevió a preguntar, antes de dar otro paso adelante.

Una risita brotó de debajo del sombrero. El hombre parecía divertido. Eso no le gustó a ella.

—Creo que lo sabes ya —fue la inquietante respuesta—. Lo sabes muy bien, preciosa.

«Preciosa...»

Otra vez aquel apelativo odioso. La sangre se agolpó en su mente. Sintió que sus rodillas temblaban. «Preciosa, deja que acaricie tus pechos...» «Preciosa, tienes un cuerpo adorable...» «Preciosa, vas a ser mía...» «Preciosa, si intentas algo, te rebano el

cuello .» «Preciosa, no vas a sufrir nada...» «Así, preciosa. Haz lo que yo te diga... o te mato.»

Y así hasta el final. El odioso, repugnante final. Aún se estremecía al recordarlo. Aún le daban náuseas cuando recordaba las abyectas exigencias sexuales de su captor, bajo la amenaza de la afilada navaja apoyada en su garganta...

Y, de repente, una sirena providencial. La policía cerca de allí. El tipo que se asusta y huye. Ella, sollozando semidesnuda, en un portal, ultrajada por aberrantes abusos de su violador...

Después, la captura del rufián, su encarcelamiento, el proceso... y la libertad. La libertad para un sádico violador capaz de degollar a quien se opusiera a sus deseos perversos.

De repente, todo se repetía con terrible precisión, con exactitud milimétrica. El chasquido agrio revelaba que era así. El acero brillaba ahora en la mano del individuo de la gabardina clara. La navaja automática. La misma navaja u otra idéntica. ¿qué más daba? Ahora era él quien se movía hacia ella...

—No se atreverá... —sollozó ella, aterrada—. No volverá... a hacerlo...

—¿Ah. no? Mira, preciosa, he vuelto. Aquella noche dejamos algunas cosas sin hacer, las que más me gustan. Ven, vamos a terminarlas de una vez. ¿O prefieres que te corte el cuello? Ya ves que tus amigos polizontes no te hicieron demasiado caso. Y los jueces menos aún. ¿Qué esperabas? ¿Verme diez años en un presidio? ¿O veinte acaso? Te habrás llevado un buen chasco, preciosa. Vamos, no intentes huir ni resistirte. No podrías conseguirlo. Te mataría. Sabes que lo haré si me obligas a ello, preciosa...

No podía ni moverse ya. El terror la atenazaba. El tipo estaba ya sobre ella, con su odiosa navaja centelleando a la luz de las farolas callejeras, recibiendo gotas de lluvia sobre su acero afilado, que iba hacia su cuello. La otra mano del hombre desabrochó la gabardina.

Sintió asco, horror iba semidesnudo debajo. Sólo unas botas de goma y una camisa. El resto, desnudez inmundada, soez, obscena. Sabía lo que iba a seguir y la náusea la invadía.

—Ven a este callejón —señaló él la inmediata boca negra de un pasaje—. Ven aquí, obedece, preciosa...

Ya tenía el acero contra su piel. Notaba lo afiladísimo del mismo, capaz de cortarle la garganta en un instante. Le siguió dócilmente, temblando de pies a cabeza, perdiendo un zapato en el bordillo de la acera. El reía entre dientes. Cuando llegaron a la sombra, la aferró por los cabellos con una mano y apretó levemente la navaja contra su cuello.

—Ahora, de rodillas —silabeó, tenso, con respiración entrecortada—. ¡De rodillas, preciosa, o te degüello en un santiamén!

Ella tembló violentamente, dominó una arcada y empezó a obedecer.

Estaba ya de rodillas cuando, de repente, el callejón se iluminó.

Un automóvil que aparecía aparcado en él, aparentemente vacío, proyectó sus faros súbitamente sobre la escena. El violador chilló, airado, volviéndose a mirar hacia la luz, deslumbrado. Una dura voz varonil avisó:

—¡Tira esa navaja o te vuelo la cabeza a tiros, Kellaway!

El hombre vaciló, para terror de la muchacha, que se veía degollada en cualquier momento. Pero como todos los que abusaban de su

superioridad física, era cobarde. Tiró

la navaja y alzó sus brazos al aire.

—¡No dispare! —gritó—. ¡No dispare, por Dios! ¡Ya me entrego!

La portezuela del coche se abrió. La joven sollozaba, de rodillas, apoyada su rubia cabeza en el muro. Un hombre con impermeable oscuro salió del automóvil, empuñando una voluminosa automática, una poderosa 44 Magnum, que asestó hacia el violador semidesnudo.

—Apártate de ella, Kellaway —silabeó la voz del hombre.

Obediente, casi sollozando por el miedo, el violador obedeció, temblando a la luz de los faros. Los ojos fríos y duros de un hombre alto y atlético se mantenían fijos en él desde detrás de esos dos chorros cegadores.

—Has vuelto a las andadas, ¿eh? —silabeó.

—Yo... yo juro que no volverá a ocurrir... —gimió el abyecto individuo.

—Claro que no volverá a ocurrir. Pero si te llevo al juez, tu abogado encontrará otra triquiñuela legal para dejarte libre. Eres un tipo de medios abundantes, un rico degenerado que sólo es feliz asaltando muchachas en plena noche.

—Ella no es nadie —jadeó el violador, señalando a la muchacha—. ¡Es una furcia asquerosa!

—Es una mujer. Kellaway. Un ser humano. Y eso basta. Trabaja en un club nocturno, sirviendo bebidas, y es un trabajo tan respetable como otro. Tú sí eres asqueroso: de buena familia, joven aún. con medios para buscarte chicas por ahí... Y te dedicas a violar mujeres por las calles porque sólo eso te hace feliz. Me das asco.

—Deténgame, polizonte, pero no me eche sermones —se irritó ahora el otro, engallándose de repente—. Sabe que no soy ningún hampón vulgar. Tengo amigos influyentes, mi familia es importante, volveré a salir libre, diga usted lo que diga...

—Sé que será así. Kellaway. Lo sé muy bien —silabeó la voz—. Por eso no voy a entregarte a mis superiores, no. Esta vez. no. Será mejor esto...

Apretó el gatillo de la Magnum. El violador chilló, aterrado, un momento antes, al ver la intención del policía. Luego, sintió que algo reventaba entre sus piernas. La bala poderosa de la formidable pistola acababa de destrozarle los genitales en un estallido de sangre y jirones.

* * *

—Aquí lo tiene, capitán. Mi placa y mi pistola. Y mi renuncia, naturalmente, debidamente redactada. Es lo que quería, ¿no?

—Maldita sea. no lo quería en modo alguno, Ingram. Pero si usted no dimite, todo el Cuerpo pagaría su culpa en este momento.

—Lo sé. Por eso no tuvo que insistirme demasiado. Ya lo tenía previsto de antemano —

sonrió Ingram, con su habitual gesto duro y frío.

—¿Por qué lo hizo?

—¿Hacer qué?

—Lo de Kellaway. No necesitaba pegarle un tiro en... Bueno, en donde se lo dio. Lo tenía en sus manos, estaba cogido *in fraganti*, iría a parar a la cárcel...

—¿Por cuánto tiempo, capitán? —replicó acremente Ingram—. ¿Por un mes, por dos

meses... o sólo por una semana? Un buen abogado obtendría su libertad bajo fianza si la chica retiraba la denuncia. Y ella, asustada por presiones y amenazas, haría justamente eso, como lo han hecho otras antes que ella. Las que vivieron para contarle, naturalmente. Que tampoco fueron todas.

—No. no fueron todas —resopló el capitán Wilcox, de la Policía Metropolitana de Nueva York. Brigada del Vicio—. Lo de Kellaway ha pasado ahora a la División de Homicidios. Kellaway, creyéndose morir, confesó una serie de violaciones con asesinato.

Una, en especial, con una niña de trece años como víctima, el pasado año en el metro. Ya sabe, el caso Barrows...

—Sí. ya sé —Ross Ingram, detective dimitido, encajó sus mandíbulas con fiereza—. ¿Y

aún me pregunta por qué lo hice? Ese bastardo hubiera vuelto a salir bien librado, como tantas otras veces. Hay demasiados leguleyos, picapleitos y jueces blandos en nuestra justicia, capitán. Los criminales andan sueltos y los ciudadanos honrados peligran. Esa es la única verdad que yo veo. No tuve suficiente valor para matarle. Por eso hice lo que hice.

—El informe oficial asegura que pudo haber muerto de resultas de su disparo. Ingram.

Y califican su acción de «intentó de homicidio premeditado, con abuso de autoridad y utilización de un cargo público y de un arma reglamentaria para quebrantar la ley». Ese informe pasó arriba, a los jefazos. Ingram

—Lo sabía de antemano —sonrió duramente Ross—. Por eso dimito, capitán. No me gusta nunca que me echen de un sitio.

—Yo no pensaba echarle. Estaba dispuesto a defenderle contra mis superiores, contra los reglamentos internos del Cuerpo, contra la prensa y contra la opinión pública, si era preciso.

—Demasiados adversarios. Hubiera perdido, capitán. No valía la pena. Además, yo he recibido el aliento de muchos ciudadanos que no son los periodistas ni los políticos, felicitándome por mi acción. Son padres, esposos de mujeres violadas o a punto de haberlo sido alguna vez. Y mujeres, naturalmente, que pasaron por ese trance o lo vieron vivir a otra amiga o familiar. Eso es lo que cuenta, no lo que diga un piojoso chupatintas o un politicastro en busca de votos para su carrera política. En nuestras ciudades, capitán, acabará existiendo la ley de la jungla, si el ciudadano honesto desea sobrevivir. De hecho ya es así. Nosotros, los policías, vivimos atados por conveniencias, prejuicios y códigos.

Los criminales no tienen nada que les ate. Se les pone en libertad, salen de la cárcel o ni siquiera entran en ella, y siguen campando por sus respetos. Violadores, drogadictos y traficantes de estupefacientes, prostitución infantil, homosexualidad a precio, ladrones, asesinos y estafadores, forman una élite casi intocable gracias a nuestras leyes. Quisieron proteger a la sociedad con una ley y una justicia, y ahora éstas se vuelven contra aquellos que debían ser protegidos, para favorecer sólo a los delincuentes. Créame, capitán, no quisiera ser cómplice de algo así por más tiempo.

—De modo que renuncia a ser policía...

—Total y absolutamente. Quiero recuperar la dignidad perdida, la propia estimación como persona. Llevando una placa y un arma, ya no podría sentirme digno de vivir entre la gente. Pensaría que ninguna de esas dos cosas sirven para mucho si no se ponen al servicio de aquello que debemos defender.

—No se puede andar por ahí como policía haciendo justicia por uno mismo. Ingram. A veces puede ser justo, pero a la larga nos llevaría a ser iguales que aquellos a los que perseguimos.

—Hasta que no nos demos cuenta de que tenemos que ser, no iguales, sino *peores* que ellos, no iremos a ninguna parte. Y salir a la calle seguirá siendo un riesgo para cualquier persona decente. Me da náuseas todo eso, capitán. Me voy muy tranquilo.

—Es sacrificar una brillante carrera. Después de todo, ese maldito Kellaway ni siquiera ha muerto. No morirá...

—Pero es la víctima elegida por los de siempre para cargar contra nosotros, los policías, desengañese. Harían de él un mártir con tal de ponernos en la picota. Si me voy yo, será mejor para todos. Y eso es lo que hago.

—¿Qué piensa hacer en el futuro. Ingram?

—No sé —rió sordamente el joven policía, encogiéndose de hombros—. Tal vez pedir la plaza de verdugo para cuando se reanuden las ejecuciones en este estado o en cualquier otro.

—A veces es usted siniestro.

—Lo sé, capitán. Hablando en serio, no sé lo que haré.

Posiblemente me vaya un tiempo de Nueva York. No quiero que la basura amarilla siga derramando tinta de imprenta contra mi. Si carecen de chivo expiatorio, quizá se olviden del asunto y dejen al Departamento en paz. Adiós, capitán. Y gracias por todo.

Le tendió la mano. El oficial de la Brigada del Vicio la estrechó con calor. Era un hombre rudo que sabía ser tierno en ocasiones. Miró conmovido al joven subordinado.

—Suerte. Ingram. La merece. Y la necesitará.

—Pienso igual. Adiós, y que todo vaya bien aquí, si eso es posible alguna vez.

Salió de la oficina. Y del Departamento. Algunos compañeros se despidieron de él.

Otros fingieron no verle y se quedaron cuchicheando a sus espaldas. Ross Ingram no se inmutó por ello. Sabía que el mundo estaba compuesto de personas y de sabandijas. Le importaban las primeras, no las segundas.

Respiró hondo en la calle. No porque el aire fuese agradable, con tanto humo de escapes de motor, contaminación, olor a asfalto caliente y a humedad. Tras las lluvias de los últimos días, el otoño se había puesto demasiado caluroso en aquel laberinto de cemento y hierro que era Manhattan.

Caminó sin prisas calle abajo. La estación de policía quedó atrás. Y con ella, varios años de servicio, desde patrullar por las calles con uniforme, hasta llevar ropas de paisano, y efectuar servicios especiales con la Brigada encargada de perseguir la depravación y el vicio en las calles de Nueva York.

No sintió especial nostalgia por nada. Habían sido años duros y difíciles, llenos de dificultades y también de momentos agradables. Era una etapa de la vida que había que olvidar. Aún era lo suficientemente joven como para pensar en otra cosa. Había casos peores, como aquellos policías amigos que habían muerto en algún enfrentamiento con delincuentes habituales, cuando sólo les faltaban dos o tres años para jubilarse. O como los que lograban jubilarse para cobrar una modesta pensión tras haber dedicado su vida entera a defender unas leyes que luego se volvían contra ellos por incapacidad de muchos magistrados y por las triquiñuelas de abogados caros y astutos.

Se metió en un bar que no era el suyo habitual. No quería saludar a nadie más. Era otra vida, otra época la que empezaba ahora. Mejor o peor, pero otra. Pidió un whisky doble sin agua y sin hielo. Se lo tomó casi de un trago. Puso una moneda en una máquina y escuchó unas notas de *Strangers in the night*, con la voz del viejo Frankie. Para muchos, era ya cosa pasada. Preferían, a sus treinta años, el rock o la música pop. O el tecno. el *heavy metal* y todo eso. El, no. Estaba chapado a la antigua, lo decían muchos compañeros suyos. Bueno. Le gustaba ser así. Las canciones viejas le traían recuerdos. Las viejas películas le hacían soñar con un mundo que no había conocido porque era demasiado niño para ello o porque aún no había nacido. Tal vez todo eso le convertía un poco en marginado. Bueno, pensaba. Tampoco eso le preocupaba demasiado.

Una rubia se sentó junto a su taburete y pidió un combinado, encendiendo un cigarrillo.

La miró. Era algo llenita, bien maquillada, con unos pechos, majestuosos y unas nalgas agresivas. Su falda corta permitía ver hasta más allá de la mitad de su muslo. Le gustó lo que veía. Siempre le gustaban así las chicas: rubias y con curvas. Ahora tampoco se llevaban esas cosas. La gente prefería las delgaduchas. Allá ellos con sus gustos, pensó Ingram, fijando sus ojos distraídos en el busto prominente de la joven vecina. Para él, una mujer debía de tener lo más posible donde agarrarse. Sin exageraciones de barraca de feria, pero con formas abundantes. No era un entendido en arte, ni mucho menos. Pero le gustaba Rubens. Y sus matronas, naturalmente.

Pagó y se fue, tras una última mirada a la rubia, que ella le devolvió, subiéndose un poco más la falda como por casualidad. No estaba de humor para ligar con una chica ahora. Seguramente encontraría a la misma rubia en el mismo bar cualquier otro día. O a otra parecida.

Caminó un trecho más y se metió en un cine para no pensar en nada de momento.

Proyectaban una película reciente. El erotismo en ella era soez, casi pornográfico. Pero a la gente parecía gustarle. Evocó la suave erótica de otros viejos films donde las cosas no se contaban ni se exhibían tan explícitamente, dejando un poco más de margen a la imaginación, y se levantó, abandonando la sala asqueado. Si aquello era calidad cinematográfica, él era un Premio Nobel.

Cenó en un restaurante italiano del que era habitual. Su dueño, Paolo, le habló inevitablemente de lo de Kellaway. Y le felicitó por «castrar a un hijo de perra», según su expresivo lenguaje. Sonrió, informándole de que ya no era policía. Paolo se lamentó de ello. Tenía motivos para eso. En cierta ocasión, un par de mafiosos de vía estrecha habían pretendido extorsionarle y, al negarse a pagarles, le pusieron un artefacto incendiario en el local. Le costó dos meses reabrir el negocio. Cuando la pareja pasó de nuevo para cobrar su «impuesto». Ross Ingram esperaba allí, fingiendo ser un cliente más.

Los tipos se pusieron duros. Y él también.

Terminaron los dos en el hospital, con unos cuantos huesos rotos. Ni siquiera denunciaron los hechos, porque Ross les había advertido que si lo hacían, les rompería también los huesos sanos. Y si volvían a molestar a Paolo, les mataría. Los tipos le creyeron a pies juntillas.

Nunca más volvió a saberse de ellos.

—Es una lástima. Ross —se quejó el italiano—. No abundan hoy los buenos policías.

¿Por qué siempre ocurre lo contrario de lo que conviene a la comunidad? ¿Para eso pagamos impuestos?

—Así están las cosas en el mundo, amigo —rió Ingram con sarcasmo—. Yo no puedo arreglarlo, aunque me gusta ría hacerlo.

Esa noche durmió de un tirón, sin pesadillas ni insomnios, pese a lo que había temido. Al día siguiente se levantó tarde, comió algo del frigorífico, leyó un libro para no irritarse con las estupideces de los periodistas, y luego se acostó pronto. Tenía sueño atrasado, tras varias semanas de perseguir al violador y asesino Kellaway.

Le despertó el teléfono, cuando ya oscurecía. Se levantó, descolgándolo perezosamente, todavía con el sueño pesando sobre sus párpados.

—¿Si? —preguntó.

—¿Ross Ingram? —indagó una voz lejana.

—Así es. ¿Quién llama y qué quiere?

—Es larga distancia. Los Angeles. California.

—¿Quién quiere hablar conmigo desde tan lejos? —se extrañó él.

—Un amigo. Sé que ha dejado la policía. ¿Quiere trabajar en algo parecido a eso. aunque sin placa?

—Me temo que no. He salido demasiado harto de todo eso.

—Ganaría cien mil dólares. Ingram. Cien mil, contantes y sonantes.

Se quedó sin aliento. Cien mil. Nunca había visto junto tanto dinero, salvo en el maletín de un atracador de bancos cazado en Brooklyn una vez.

—¿Bromea? —rezongó.

—No. No bromeo. Son cien mil si acepta. Y sólo tiene que hacer una cosa a cambio.

—¿Cuál?

—Descubrir a siete asesinos. Y capturarles... o matarles.

CAPITULO II

Llovía ligeramente en el Aeropuerto Internacional cuando Ross Ingram abandonó el reactor del vuelo Nueva York Los Angeles.

Un Rolls Royce color azul cobalto estaba esperándole. Un hombre poco hablador, de rostro impenetrable, vestido de chófer, se presentó a él en la sala de recogida de equipajes, con unas escasas palabras de presentación y un pequeño sobre de tarjeta de visita:

—Soy Lloyd Ankrum, chófer del señor Stensgaard, su anfitrión en Los Angeles. He aquí un mensaje suyo, señor Ingram.

Ross abrió el sobre, encontrándose con una tarjeta color sepia, en la que, en caracteres en relieve, aparecía el nombre de Waldo Stensgaard, con una corona dorada encima. Su texto, escrito con rápida y aguda letra rasgada, era brevísimo:

«Siga a mi chófer. Estoy esperándole. Saludos.

» *W S* »

Asintió Ross. Por teléfono ya le habían dicho algo así, antes de recibir, por transferencia urgente a su cuenta de Nueva York la suma de cincuenta mil dólares, a cuenta del pago definitivo. Por eso estaba ya en Los Angeles, sólo veinticuatro horas más tarde. Todo estaba haciéndose muy de prisa. Tal vez demasiado, pensaba el propio Ross.

El Rolls azul le condujo a través de Inglewood y Culver City, hacia el norte de la gran ciudad californiana. Dejó atrás Santa Mónica y Beverly Hills, para enfilarse por la autopista de San Diego la ruta hacia San Fernando Valley. A la altura de Van Nuys torció a la derecha, desviándose hacia Burbank, dejó atrás el aeropuerto de esa zona, a su izquierda, para terminar deteniéndose ante una enorme y alta verja que rodeaba una amplia finca, apostada entre la autopista Golden State y Griffith Park.

Automáticamente, quizá por medio de células fotoeléctricas, la puerta se deslizó a un lado cuando el Rolls se detuvo delante de la puerta principal. No vio guardianes, pero estuvo seguro de que los había. Y armados, por añadidura. De todos modos, los sistemas de seguridad electrónicos debían de ser tan sofisticados como eficaces. Apenas salvaron el umbral, la verja volvió a cerrarse silenciosamente, por sí sola.

Remontaron una larga carretera de gravilla fina, entre altos árboles, setos bien recortados y macizos de flores, sin ver nunca a ser viviente alguno. Al menos recorrieron media milla hasta llegar ante una edificación de tres plantas, moderna y funcional, llena de grandes vidrieras que desde fuera se veían color humo, casi opacas, aunque Ross estuvo seguro de que por dentro serían totalmente transparentes. Un modo de mirar desde el interior de la casa, sin ser visto desde fuera. La estructura, cuadrangular y sólida, debía ser obra de algún arquitecto que amaba las líneas rectas y la arquitectura moderna.

En conjunto no resultaba mal, aunque carecía de buen gusto.

Ankrum, el chófer, detuvo su coche en un garaje cuya puerta también se abría y cerraba automáticamente. Le abrió la portezuela

—Hemos llegado, señor —dijo, cortés pero frío—. El señor Stensgaard le espera.

Sígame, por favor.

Salieron del amplio garaje, lo bastante espacioso para albergar dos docenas de coches como aquél. Caminó en pos del uniformado empleado, hasta la puerta principal, donde el chófer llamó pulsando un timbre. Les abrió un impecable mayordomo, que miró con brevedad al recién llegado e informó escueto:

—El señor Stensgaard está en el mausoleo. Dijo que fueran allí.

Asintió el chófer, haciendo un gesto de nuevo hacia Ingram. Este frunció el ceño.

Empezaba a irritarle tanto ir y venir. La puerta se cerró a espaldas de ellos, y Ankrum rodeó la finca, para descender una suave ladera sobre un sendero asfaltado, que flanqueaban unos tilos, y terminar ante un lugar tan pintoresco como sorprendente.

La explanada no era muy amplia, tenía forma hexagonal, y en su centro se alzaba una estatua sobre un pedestal. Este era de mármol negro. La estatua, del mismo material en blanco. Se trataba de la escultura de un hombre joven, al parecer de cabello claro y abundante, cuerpo musculoso y elástico, ataviado solamente con un breve slip, como un deportista. Si el escultor había sido fiel a su modelo, éste era sin duda hermoso, virilmente hermoso. Alzaba su cabeza mirando a la distancia, a un punto inconcreto. A sus pies, una llama de gas ardía saliendo de un círculo de metal en la piedra gris del hexágono, como la que arde en Arlington a la memoria de Kennedy, o

a la del soldado desconocido. Ingram se quedó perplejo.

Al pie del pedestal negro se veía un ramillete de flores silvestres y una corona majestuosa de rosas rojas. Un hombre aparecía inclinado ante ellas, con una mano apoyada en el mármol negro.

Se aproximaron en silencio, caminando cuidadosamente sobre el gran hexágono, mucho más grande que un ring de boxeo. El hombre giró la cabeza al oír el roce de sus pisadas en la piedra gris.

—Buenas tardes —saludó—. Yo soy Waldo Stensgaard, señor Ingram Y se incorporó, tendiéndole una mano.

Ross lo examinó mientras estrechaba aquella diestra fría y lánguida. Era un hombre singular el que tenía ante sí. No demasiado alto, pero sí lleno de personalidad y arrogancia. De tez cetrina, cabello ondulado, intensamente negro, y tal vez por ello más visible el contraste de su mechón blanco, partiendo en dos su cabellera, y sus patillas también blancas. Ojos de un color desvaído, entre gris y pardusco, estrechos y fríos. Figura enjuta, impecablemente enfundada en un traje gris cruzado, hecho posiblemente por el mejor sastre de Los Angeles, si no de uno del extranjero que vistiera a reyes y príncipes.

Nariz aguileña, boca delgada y prieta, expresión dura e inescrutable. En su corbata, también gris, lucía un alfiler con una corona de oro como la de su tarjeta de visita.

—¿Ha tenido buen viaje. Ingram? —preguntó de inmediato.

—Normal —respondió Ross, seguro de que a su interlocutor le importaba un bledo lo que estaba preguntando. Miró en derredor—. ¿Qué es esto, señor Stensgaard?

—Un mausoleo. Ese era mi hijo Duke.

Señalaba a la estatua de mármol blanco. Ross le dirigió una mirada crítica.

—¿Era? —indagó, significativo.

—Claro. Ya le dije que es un mausoleo. Murió. Está sepultado aquí desde hace un mes.

—¿Ya tenía el mausoleo a punto antes de su muerte? —se sorprendió Ross.

—Casi —manifestó fríamente Stensgaard—. Mi hijo tardó tres largos meses en morir.

Pero estuvo clínicamente muerto todo ese tiempo, en coma profundo e irreversible.

—Comprendo —asintió el ex policía—. Debía de ser muy joven...

—Mucho. Diecinueve años.

—Lo siento de veras, señor Stensgaard.

—No, usted no siente nada. No me gustan los cumplidos. Los odio. Yo sí lo siento. Me duele más que nada en este mundo. Juré ante su tumba dedicar toda mi vida a su recuerdo. Y a la venganza, claro.

—Empiezo a entender algo. ¿El, su muerte, tuvo alguna relación con...?

—¿Con nuestro contrato? —afirmó enfático—. Sí, Ingram. Es la causa de todo. Vamos de aquí. Hablaremos mejor en otro lugar. Esta no es forma de recibirle. Pero las flores acababan de llegar, y quise ponérselas yo mismo en la tumba.

—Sí, entiendo. ¿Son tuyas las rosas?

—Así es.

—¿Y las flores silvestres? —señaló el ramillete humilde, situado más apartado.

El rostro impávido de Stensgaard reveló contrariedad. Casi masticó las palabras, mientras echaba a andar:

—No. Esas son de Val, su hermanastra. Vamos ya.

Caminaron hasta la casa. Su interior resultó tan esplendoroso y lleno de suntuosidad como frío y aséptico. Todo allí era costoso. Muebles importados, cortinas de terciopelo, sistemas electrónicos para cualquier cosa. Pero todo resultaba gélido y nada acogedor. El despacho personal de Stensgaard, aunque rodeado por enormes vidrieras asomadas al jardín de la finca, no era ninguna excepción.

Una vez acomodados ambos, Stensgaard pidió bebidas a través de un teléfono provisto de pantalla de televisión. En vez de resultar futurista, a Ingram le pareció grotesco. Pero tal vez práctico para asegurarse de que quien hablaba con uno era la persona adecuada.

Era como controlar toda la casa a través de ojos electrónicos.

El mayordomo les sirvió un whisky para Ross y un oporto para Stensgaard. Al retirarse, el propietario de la extraña casa comenzó a hablar pausadamente:

—Supongo que recibió puntualmente el dinero y la orden de pasaje para Los Angeles.

—Por eso estoy ahora aquí —sonrió Ingram paladeando el excelente bourbon que le habían servido.

—Sí, claro. ¿Le satisface el trabajo?

—Me satisface el dinero. Acabo de quedar cesante y usted parece saberlo muy bien.

Estamos en época de crisis. Encontrar un trabajo no es fácil. Y ganar cien mil, menos aún.

—He seguido su carrera profesional paso a paso. Es el hombre indicado. No gozaba ya de demasiadas simpatías entre la opinión pública de Nueva York.

—La opinión pública está formada por la prensa y la gente oficial. Eso nunca representa al verdadero pueblo, señor Stensgaard.

—Es posible. Pero supo ganarse a pulso esas enemistades. Ha sido un policía muy duro.

Ingram.

—He sido justo, creo yo.

—En el mundo actual no se puede ser justo. Nadie que lo sea llega a nada. Hay que someterse dócilmente al que manda, seguir la corriente, amoldarse, adaptarse a los demás.

—Eso no reza conmigo.

—¿Es usted el último solitario? ¿Se cree diferente a los demás?

—No. Quiero ser yo mismo, tener mi propia identidad, no la colectiva. Y, sobre todo, me gusta servir a quienes me necesitan, no a quienes me utilizan.

—Así no llegará nunca lejos —suspiró Stensgaard—. Pero en cambio,

es la clase de persona que me interesa a mí. Ingram Por eso le he llamado.

—Usted habló de venganza.

—Así es.

—Y de siete personas a quienes hay que cazar... vivas o muertas.

—Exacto.

—No quiso explicarme más por teléfono. ¿Va a hacerlo ahora?

—Por supuesto. ¿Ya es oficialmente libre?

—Claro. Aceptaron mi dimisión. He causado baja en la Brigada del Vicio y en el Departamento de Policía Metropolitana de Nueva York. No tengo derecho ya a pensión ni a nada. Estoy en paro. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque quiero que tenga las manos totalmente libres cuando inicie su tarea. Tal vez cuando se la exponga no le guste. No le obligaré a nada. Podrá reintegrarme mi dinero, cobrar una suma por sus molestias y recibir un pasaje de avión de regreso a Nueva York.

En suma, aún no está obligado a aceptar mi oferta. Ingram.

—Algo me dice que la aceptaré —rió duramente Ross—. Tengo cien mil razones para ello. Stensgaard... siempre que no tenga que asesinar a nadie. Eso nunca lo haré, ni por cien millones.

—Ni yo se lo pediría. Mi hijo fue asesinado. Y se trata de que los culpables paguen.

—¿Por qué no recurre a la policía para eso?

—¡La policía! —dijo el propietario de la casa con sarcasmo—. ¿Se burla de mí? Usted ha sido policía. Sabe como funcionan esas cosas. Muchos de sus colegas son honestos.

Otros, no. Pero eso importa poco. Luego están los jueces. Algunos son honestos, bastantes tienen miedo y muchos se dejan sobornar. Y los abogados. Los más caros saben mil triquiñuelas, lo sé por experiencia. Soy un hombre muy rico y yo mismo he sabido comprar la ley varias veces a buen precio. ¿Espera que crea en ella para hacer justicia a mi hijo Duke?

—¿Qué le pasó a su hijo, exactamente?

—Le mataron. Sobredosis de heroína fue la causa oficial de su muerte.

—Eso más bien parece culpa de él. ¿Por qué se drogaba?

—Por lo que se drogan tantos jóvenes de hoy día. Ni lo saben siquiera. Por snobismo, por vicio, por protestar de algo que no saben qué es, porque alguien les inició en el juego...

—Si se administró demasiada droga, fue responsabilidad de él en parte.

—Lo sé. Si hubiera muerto sólo por eso, yo admitiría en parte su culpa. Pero hay algo más. Los análisis demostraron que aquella heroína estaba adulterada hasta tal punto, que incluso una dosis normal le hubiera matado de la misma manera. Era puro veneno lo que se inyectó en la vena. Una pequeña dosis de heroína pura, y mucha adulteración para hacerla más productiva. Por si la droga fuera poco, encima eso. Los traficantes son asesinos sin conciencia. Ingram, usted debe saberlo bien.

—Lo sé muy bien. Ellos son asesinos. Los drogadictos, estúpidos y enfermos. Entre unos y otros mantienen ese tinglado de cientos de miles de millones, señor Stensgaard.

—Es posible, pero los estúpidos y los enfermos tienen una disculpa. Los asesinos, no.

—De acuerdo. Dígame algo más. ¿Sabe quiénes son los traficantes que causaron la muerte de su hijo?

—Dios mío, claro que no. Si lo supiera, no le contrataría a usted, sino a una pandilla de pistoleros para que los ejecutasen uno a uno. Con dinero se puede conseguir todo. O casi todo. Pero no he conseguido saber quiénes trafican con la heroína adulterada que causó ya más de cien muertes este año en Los Angeles.

—Usted habló de siete personas en dos ocasiones...

—Eso es diferente. Los Siete. Todo el mundo sabe que existen Los Siete. Es una asociación criminal de traficantes de droga dura en la costa del Pacífico, con sede en esta ciudad. Toda la heroína pasa virtualmente por sus manos. Especialmente, la adulterada.

Pero es sólo eso: un nombre, un ente anónimo. Los Siete. ¿Quiénes son

ellos? Nadie lo sabe. Y menos que nadie, la propia policía, el FBI o el Gobierno.

—Parece que me ha sobrevalorado, señor Stensgaard. Yo no puedo ser más fuerte que la policía de esta ciudad, el FBI o el Gobierno Federal.

—Yo no le sobrevaloro. Sé que un hombre solo, decidido e implacable, sin demasiados escrúpulos a la hora de tomar decisiones y de usar recursos, puede hacer mucho más que todo un cuerpo legal destinado a la misma tarea. He estado a la cabecera de la cama de mi hijo, asistiendo a su agonía lenta e inexorable de noventa días, sin que pudiera reconocerle, hablar, pensar o sentir. Era un cuerpo muerto sujeto a una serie de tubos en una unidad de vigilancia intensiva. No había esperanza. Parálisis total, cerebro en coma...

Sólo el corazón resistía. Hasta que no pudo más. Ahora reposa bajo esa estatua. Arde para él la llama perenne del recuerdo. Pero me quedé sin hijo, sin mi amado Duke. Y todo por un puñado de desaprensivos canallas. Quiero sus vidas, en la cámara de gas o a sus manos. Ingram. En este Estado va a haber pronto ejecuciones nuevamente. La abolición o suspensión de la pena capital no ha servido de nada. Hay más asesinos que nunca. Se mata por unos centavos en las calles de esta sucia y miserable ciudad. Salir de noche a la calle es un riesgo demasiado grande para las personas honradas. Hace falta mano dura, menos piedad y compasión para los criminales. Hágalo como sea, Ingram, pero hágalo. Y

los cien mil dólares serán suyos. Ya tiene la mitad a cuenta. Si inicia la tarea y no se siente capaz de llevarla a cabo, ya no perderá esa suma. Pero si la termina, esa suma total será suya. E incluso tal vez más aún. Me gusta ser generoso con quien me sirve bien.

—Hábleme más de su hijo, de usted, de su familia. ¿Por qué se drogaba él?

Stensgaard inclinó su cabeza, dubitativo. No parecía gustarle dar respuesta a esa pregunta. Pero la dio, después de todo:

—Tal vez fallé en su educación. Quise darle lo mejor. Y él quería otras cosas. Frecuentó malas compañías, no quiso vivir en su ambiente, con los suyos. Prefería ciertos círculos poco recomendables, vivir su propia vida, como él decía, y tomar sus propias decisiones.

Sólo que éstas fueron equivocadas. Comenzó fumando marihuana... y terminó inyectándose. Así le sobrevino la muerte.

—Supongo que usted tendrá referencia de algunas de sus amistades, al menos.

—Oh, claro. Amigos de él, gente de dudosa condición siempre. Pero ellos viven y mi

hijo no. Están Sherman LaVerne. Dominó Baker. Sam Maddox y su club... el Orient, y así algunos otros... Estuvieron en su funeral Pude evitarlo, pero no quise. Después de todo, eran sus amigos. No le trajeron nada bueno, pero Duke hubiera querido verlos allí. Luego les rogué que salieran para siempre de nuestras vidas. No he vuelto a verlos.

—¿Había alguien más afectado que los demás?

—Posiblemente Sherman... Era muy amigo suyo, decían...

No. no. La más afectada era la chica, esa extraña muchacha. Dominó... Lloró todo el funeral. Cuando vino a despedirse de mí, estalló en llanto y escapó a todo correr. Me hubiera gustado saber su relación real con Duke, pero no quise intentarlo. Entonces pensé en no querer saber nada de cuanto le rodeó antes de morir Luego he reflexionado y...

—Y ha decidido vengarle.

—Así es —le miró fijamente—, ¿Algo más, Ingram?

—Sí. Me habló antes de Val. su hermanastra; la que puso las flores silvestres.

—Así es. Mi hijastra Valerie. Todos la llamamos Val. Es hija de mi segunda esposa, Morgana. Llevó mi apellido de soltera, pero no es hija mía. Ahora lleva el apellido Skegson, el de su marido.

—¿Vive aquí?

—Sólo en ocasiones. Ahora están pasando unos días en la casa ella y Drey, su esposo.

Pero residen en San Francisco.

—¿Vive su segunda esposa?

—Si. Pero estamos separados también —asintió Waldo Stensgaard—. Me separé de la primera. Stella. Ella murió ya hace años. Luego me casé con Morgana. Nunca he encontrado la felicidad con mis

matrimonios. Nos divorciamos hace dos años. Ella sigue viviendo en Los Angeles. Que yo sepa, no se ha vuelto a casar. ¿A qué viene todo eso.

Ingram?

—Oh, nada. Me limitaba a saber cómo es la familia de un muchacho inmensamente rico, mimado y querido que, sin embargo, buscó placer en la droga y murió víctima de ella, eso es todo.

—¿Cree que era desgraciado aquí por nuestra culpa, y buscó la evasión en la heroína?

—No he dicho eso, exactamente. Pero pudo ser una forma de ocurrir las cosas. ¿No sabe nada más de la vida que su hijo llevaba fuera de esta casa y del círculo familiar?

—No, nada más. Imagino que eso no le será difícil averiguarlo. Pero resulta problemático que le conduzca a Los Siete. Ya sabe cómo funciona el mundo de los estupefacientes: los que facilitan la droga a los muchachos son simples intermediarios,

«camellos» de tercera o cuarta fila. Los grandes jefes nunca dan la cara. Suelen ser industriales, políticos, magnates, grandes mafiosos, gente respetable...

—Sé mucho de todo eso, se lo aseguro. A veces, incluso, han sido policías, senadores, diplomáticos... El mundo todo está podrido, señor Stensgaard.

—Lo sé. Pero no se puede luchar contra eso. Conque usted me localice y destruya un solo tumor de los que pudren esta ciudad, me daré por satisfecho.

—Sí. lo sé —suspiró Ross—. Los Siete.

—En efecto. Cuando haya terminado con ellos, me sentiré mucho mejor. Y tal vez Duke también se sienta más tranquilo donde ahora está.

—Deje a los muertos reposar en paz. Dudo que les preocupe ya demasiado lo que queda atrás, bueno o malo. Ellos, al menos, se han liberado de tanta basura. Dígame, señor Stensgaard, ¿es usted aristócrata, tienen algún título?

—¿Lo dice por esta corona? —se tocó el alfiler de corbata y rió por

primera vez. Era una risa hueca, forzada, sin humor—. Oh, no. Sólo es una especie de rito. Cuando llegué a este país, Ingram, era pobre como las ratas. Yo soy extranjero, ¿sabe? Ya lo habrá apreciado por mi apellido...

—Aquí, casi todos somos extranjeros. Sólo los pieles rojas son verdaderos americanos

—rió cínicamente Ross—. Y casi los liquidamos a todos...

—Me prometí llegar a ser muy rico algún día. Y lo logré. También me prometí hacer de mi nombre un símbolo del poder del dinero, de la fuerza suprema del oro. Por eso me hice una corona en oro puro como distintivo familiar. Es el mejor título del mundo. Pero no me sirvió para salvar la vida de Duke, mi único hijo...

Ingram asintió, poniéndose en pie. Se frotó el mentón, y dijo por fin con voz suave:

—Voy a hacerme cargo de su asunto, señor Stensgaard No sólo por su hijo Duke, sino por tantos otros como le estarán siguiendo en estos momentos y los que le seguirán en el futuro, en ese maldito camino de la droga y de la muerte.

—Gracias. Ingram —dijo el dueño de la casa, incorporándose también y fijando su fría mirada en él—. Estaba seguro de que lo haría. Y ahora estoy bien seguro también de que conseguirá culminar con éxito su misión.

—Esa seguridad me gustaría tenerla yo también, créame —resopló Ross Ingram, sacudiendo dubitativo su cabeza.

CAPITULO III

El Orient era un club nocturno como cualquier otro.

Su decoración pretendía ser sofisticada y era sólo de mal gusto. Un falso ambiente oriental, acorde con su nombre, empleados vestidos de mongoles, chicas con minifalda atavia das a la usanza china, y cosas por el estilo. Mucho panel falsamente lacado, con dragones y pagodas, y lámparas chinas de papel, salpicando con su nota colorista la sala.

Eso era todo.

De inmediato captó el aroma dulzón de la marihuana. Más de uno

fumaba allí esa droga, con la permisividad oficial que tanto irritaba a Ingram. Si un policía entraba en la sala, fingía no advertir nada. Era lo habitual ahora en las grandes ciudades. El había visto fumar droga a muchachos en hilera, sentados en las aceras del Bronx o de Harlem, e incluso a veces en el mismo Broadway, delante de los policías de ronda. con aire insultante y provocativo, sin que los agentes dijeran una palabra. Eran las cosas que revolvían las tripas a Ross Ingram.

Llegó a la barra y pidió un bourbon sin agua ni hielo. Lo probó. Era pésimo, como todas las bebidas que se servían en los clubs nocturnos. Alcohol coloreado, y poco más. A veces, incluso, usaban metílico. Pagó y vació el vaso en la fregadera, ante la mirada inquisitiva y hostil de un barman. Pero el tipo no dijo nada.

Ingram se encaminó al fondo de la sala. La música era enlatada. Rock y todo eso. De repente, un redoble de tambores anunció una atracción en pista. Los jóvenes dejaron de bailar. El local olía a sudor, aire acondicionado y humo de «porro». Una mezcla repugnante. La luz alumbró a una muchacha en la pista. Lucía un kimono japonés. Los altavoces emitieron música oriental. Pero todo eso no hizo sino escenificar un vulgar *strip-tease* como tantos otros. La chica se quedó desnuda y la gente aplaudió con desgana. Tenía unos pechos enormes y alguien de primera fila se los tocó. La danzarina se sentó en sus rodillas, puso azúcar en sus pezones y se los hizo probar al atrevido, entre las risas de la concurrencia. El cliente empezó a avergonzarse un poco. Ella bailó un poco más en medio de la pista, y desapareció tras las cortinas, entre aplausos tibios, silbidos y risas.

Salió otra danzarina que, para variar, también se desnudó y se dejó tocar por algunos clientes. También tenía unos senos abundantes, pero cuando se quitó el slip, hubo exclamaciones divertidas o frustradas. El tipo era un hombre.

Desapareció también, en un mutis más aplaudido que el de la chica. Ingram se acercó a una chica que vendía tabaco, con falda cortísima sobre los muslos y una sonrisa estúpida en su carita maquillada.

Le compró un paquete y preguntó, dándole la propina:

—Busco a un par de amigos míos y de Sam Maddox. ¿Los viste por aquí? Son Sherman y Dominó... Bueno, Sherman LaVerne y Dominó Baker.

—Me extraña que no viera a Sherman, señor —dijo con picardía la muchacha, riendo—

. Acaba de actuar en el escenario

—Oh... —Ingram reaccionó rápido—. Ni siquiera miraba el espectáculo, preciosa.

Gracias, de todos modos. Le veré ahora. ¿Dominó no ha venido hoy?

—No. no la he visto —negó ella, alejándose tras guardar la propina entre sus pechos—, Pero no puede tardar. Ella nunca falta.

Ingram se quedó pensando, con la mirada fija en la pista, ocupada de nuevo por las parejas, que bailaban algo a ritmo disco.

«De modo que un buen amigo de Duke Stensgaard es... un travestido —murmuró, pensativo—. Qué raras amistades las de ese chico...»

Esperó, sentándose a la barra. Pidió esta vez un refresco de cola, para no tener que tirar el alcohol de nuevo. Le cobraron lo mismo que antes. El Orient no era nada barato.

De repente, se puso rígido. El barman atendía a una chica, no lejos de él. y oyó sus palabras:

—En seguida te sirvo. Dominó. ¿Qué tal las cosas esta noche?

—Fatal. No hay ni un tipo ni una fulana que busque juerga, Bill. La gente parece cada vez menos necesitaba de sexo. Anda, dame ese combinado, guapo. Al menos, beberé para olvidar.

«Otra buena amistad —meditó Ingram— Una prostituta que igual va con un hombre que con una mujer. La apenada Dominó tampoco resulta demasiado respetable...»

La estudió, por entre las cabezas de dos personas que le separaban de ella. Era una chica atractiva, pese a todo. Y joven. Muy joven para hablar así y hacer lo que hacía. Ross calculó que no tendría los veinte años aún. Era rubia, pálida y esbelta. Pero para ser tan delgada, poseía un torso llamativo, de senos grandes y firmes.

Tal vez usaba algo para desarrollarlos, prótesis o siliconas, conociendo la obsesión mamaria del americano medio. Aun así, no perdía armonía su figura. Había conocido a muchas profesionales tan jóvenes o más en las calles de Nueva York. El sucio asfalto de la urbe da flores marchitas muy pronto, él bien lo sabía.

Ross se bajó de su taburete y rodeó a sus vecinos para acercarse a la

chica. La rozó para preguntarle suavemente:

—¿Me permites que te invite?

Ella giró la cabeza. Le miró, encendiendo un cigarrillo. Se encogió de hombros.

—Si quieres... —fue lo único que dijo, tras estudiarle unos instantes.

Pagó la consumición de ella, y pidió otra para sí. La joven fumaba sin mirarle.

—Me llamo Ingram —dijo—, Ross Ingram.

—Yo Dominó —exhaló una bocanada de humo lentamente—. ¿Buscas ligue?

—Tal vez. Eres una chica bonita. Y joven.

—Muy amable. ¿Qué clase de tipo eres? ¿Te conformas con bailar o charlar? ¿O buscas algo más en una chica?

—Eso depende.

—¿De qué?

—De ti, naturalmente —sonrió Ross—, Hablemos, por el momento.

—Bueno, hablemos. Pero no mucho tiempo. Invitarme a una copa no te da derecho a retenerme en exclusiva toda la noche. Me aburre charlar.

—No te aburriré. He visto actuar a un chico travesti. Sherman LaVerne.

—Oh. si. Trabaja cada noche aquí —le miró recelosa a través del humo—. No me digas que es eso lo que te gusta...

—No. no —rió Ingram—, Ni mucho menos. Sólo he sentido curiosidad.

—¿Curiosidad por qué? Esta ciudad está llena de chicos así. El mundo entero lo está.

—Desgraciadamente, sé eso muy bien —suspiró el ex policía—, Sherman y tú sois

amigos, ¿verdad?

—Pues sí, bastante amigos. ¿Qué tiene eso que ver contigo, Ross?

—También erais los dos amigos de Duke. Duke Stensgaard, naturalmente.

Los ojos de ella brillaron. Notó cómo se ponía de inmediato en guardia. Una repentina capa invisible de hielo pareció envolver a la muchacha rubia de los poderosos senos.

Fríamente replicó:

—No me gusta hablar de mis amistades. Si no enfocas otro tema, déjalo.

—¿Tanto te asusta hablar de Duke?

—Duke está muerto. Era un buen chico, pero está muerto. Prefiero dejar en paz a los muertos. ¿A qué viene esto? ¿Acaso eres policía? —desconfió de repente.

—No. no lo soy. Puedo jurarlo —rió Ingram, sin faltar a la verdad—, ¿Más tranquila?

—No. ¿Por qué preguntas, entonces, por Duke?

—Puede que fuese amigo mío...

—Mentira. El no era tu amigo. Tenía pocos amigos. Y todos eran de su edad.

—Pues uno de esos amigos le mató, no hay duda.

—¿Estás loco? —se irritó ella—. Le mató un accidente, eso es todo.

—¿Llamas «accidente» a adulterar un gramo de heroína hasta convertirlo en diez? Y

además, adulterarlo con materias peligrosas y baratas, que causan fácilmente la muerte del drogado. ¿Quién pudo hacerle una cosa así a tu amigo Duke?

—Déjame en paz —cortó ella, agresiva ahora—. Vete. Ross o como te llames. No me gusta tu compañía.

—Ya me voy —rápido. Ross aferró su brazo izquierdo.

tiró hacia arriba de la manga y contempló los orificios en la piel. Acusó, glacial, ante el terror de ella—: Ten cuidado tú también, preciosa. Cualquier día, esos buenos amigos vuestros pueden darte una dosis adulterada del mismo modo, y matarte.

—¡Vete al infierno! —casi le gritó, haciendo girar varias cabezas hacia ellos—. Yo dejé el pinchazo hace ya tiempo. Me he curado, ¿entiendes?

—Es posible. Esas señales son poco recientes. Sería mejor para ti evitar nuevas recaídas. Dominó. Mucha gente en las ciudades muere a causa de esa medicina... Ahora, voy a hacer una visita a tu amiguito LaVerne.

—¡No vayas! —le exigió ella—. ¡Vete de aquí o te buscarás líos, amigo!

—Me encantan los líos. Dominó —rió Ingram, alejándose hacia el fondo de la sala.

Ella apuró de un trago su vaso. Cuando Ross giró la cabeza, ya cerca de la pista, vio que Dominó se había levantado y corría a la salida. Evidentemente, pensó, empezaba a estar asustada por algo. Tal vez por él. O por otra cosa.

Ingram rodeó la pista y cruzó las cortinas del fondo. Un pasillo conducía a unos camerinos situados al final. Un letrero prohibía el paso a toda persona ajena a la empresa o al personal de la casa. Hizo caso omiso y siguió adelante. Casi se estrelló contra la persona que salía de un camerino, tan desnuda como Eva en el Paraíso, aunque tratando de anudarse en torno a su cuerpo turgente una bata de raso escarlata.

Era la *strip-teaser* de poco antes, con sus inmensos senos bailoteando ante sí como dos proyectiles. Sin poderlo evitar. Ross casi se incrustó en ellos.

—Oh, lo siento —se disculpó, resoplando, y apartándose de aquellos parachoques espectaculares y carnosos—. Le aseguro que no la vi, preciosa, aunque eso parezca raro.

—Está disculpado —rió ella sin dar importancia al incidente, y tardando un poco más de lo lógico en cubrir su torso con la bata, que anudó descuidadamente a la cintura. El tejido se abombó sin poder envolver tanto volumen—, ¿Adónde va? Está prohibido andar por aquí. Los lavabos están en el otro pasillo, a la derecha de la pista...

—No busco los lavabos.

—Ya me parecía —rió, mirándole con picardía y apoyando sus manos manicuradas en las rotundas caderas—, ¿Me buscaba a mí, acaso?

—No. tampoco. Busco a Sherman LaVerne.

—Vaya por Dios —suspiró la bailarina—, ¿Es usted de éstos? Qué decepción...

—No diga tonterías. ¿Tengo aspecto de ello, acaso?

—Hoy en día, nadie tiene aspecto de tal cosa. Si viera los «gorilas» velludos y viriles que vienen a ver a LaVerne todas las noches... —meneó la cabeza, riendo—. No tiene por qué disculparse conmigo. Comprendo todas las debilidades humanas.

—Yo nunca me disculpo de nada con nadie —replicó Ross, abrupto—. Sencillamente, no es lo que cree. Busco a LaVerne para hablar con él de un común amigo. Tal vez le conocía usted también: Duke Stensgaard. un joven de la buena sociedad, recientemente fallecido...

—¿Duke? ¿El guapo Duke? —ella lanzó un suspiro—, Claro que lo conocía. Murió de sobredosis. Ese sí era de los que gustaban de ver a LaVerne, ¿entiende?

—¿Está pretendiendo decirme que Duke era...?

—Justamente eso: homosexual, sí. ¿Es que no lo sabía?

—No. Se olvidaron decírmelo, o tampoco lo sabían. Gracias, preciosa. Eso me hace sentir más interés en hablar con LaVerne.

—¿Qué le ocurre, amigo? ¿Es usted policía, detective privado acaso? Tiene los modales de un Marlowe o un Spade...

—Ha visto demasiado cine rancio en televisión, cariño —gruñó Ross Ingram, echando a andar hacia el fondo del pasillo—. Los detectives privados no son nunca como Humphrey Bogart, se lo aseguro. Y no soy detective, si eso la tranquiliza.

—Al contrario. Me hubiera gustado que lo fuese —rió la bailarina—. Es usted guapo, arrogante...

Se interrumpió. Sus ojos se dilataron.

Acababa de sonar un grito. Un grito ronco y áspero, que reflejaba

angustia. Venía del fondo del pasillo. Ross Ingram corrió hacia allá, llevando la mano a su axila izquierda, al tiempo que preguntaba:

—¿Quién más tiene camerino por ahí?

—Sólo LaVerne y yo —fue la respuesta de ella, bastante medrosa, mientras otro grito, más agudo, ponía una nota dramática en el ambiente.

Ross corría ya a grandes zancadas, llevando en su mano una automática calibre 45. casi tan poderosa como la Magnum que dejara sobre la mesa de su jefe en Nueva York en el momento de dimitir. En el mismo momento se abrió una puerta y salió de un camerino un hombre alto, delgado, vestido de oscuro, de faz pálida y ojos fríos. Llevaba en su diestra una automática provista de silenciador. Al ver ante él a Ingram, dirigió de inmediato hacia su persona el arma silenciosa. Era obvio que pensaba utilizarla.

Ross se precipitó de costado, tras una caja grande de madera, sin duda donde se

guardaban las ropas de los artistas del local. El arma del individuo emitió una especie de taponazo seco. Una bala se incrustó en la madera, levantando astillas junto al rostro de Ingram. El tipo sabía disparar.

El ex policía no le dejó repetir la suerte. Rápido, alzó su mano y apretó el gatillo de su automática, mientras la bailarina gritaba, aterrorizada. Esta vez. el estampido del arma fue atronador, conmoviendo todo el pasillo y llegando hasta la sala del club.

El individuo del arma silenciada se fue hacia atrás, con un gesto de estupor en su flaco rostro descolorido. Su arma se volvió a disparar, pero esta vez sin tino. Cayó de espaldas contra la pared, se quedó mirando con ojos vidriosos a su adversario, y luego resbaló lentamente, hasta quedarse grotescamente sentado en el suelo, mientras por la comisura de su labio corría un delgado hilo de sangre, y la camisa se le enrojecía rápidamente encima del lado izquierdo del pecho.

—Era un pistolero profesional —silabeó Ingram, saliendo de su improvisado parapeto—

. No llore por él, preciosa.

Y se precipitó, pistola en mano, dentro del camerino de donde saliera

el hombre de la automática provista de silenciador. Como esperaba, llegaba ya un poco tarde.

Un hombre sangraba en el suelo, ante el espejo resquebrajado de su tocador. La palidez de la muerte convertía en una rara pasta grumosa el maquillaje de su rostro, y tenía el pecho bañado en sangre. Una de las balas, tras atravesarle el cuerpo, se había ido a incrustar en el espejo. Le habían clavado al menos tres en la carne.

Ross se precipitó ante el herido, apoyando una rodilla en tierra. Estaba semidesnudo, era joven y le había visto poco antes vestido de japonesa en la pista. Se trataba del propio Sherman LaVerne. Ahora, sin peluca negra, lucía un corto pelo rubio. Un pendiente, en su oreja derecha, indicaba su condición implícita de gay. El pobre diablo no estaba muerto aún, pero poco le faltaba. Los proyectiles le habían destrozado los pulmones.

—Lo siento, amigo —dijo roncamente Ingram—. Llego tarde. Ese tipo se me adelantó.

Quería hablar con usted de Duke Stensgaard y su muerte. Alguien lo ha impedido. Seguro que hubiera podido decirme muchas cosas sobre esa droga adulterada. Los Siete y todo lo demás, ¿no es cierto?

El moribundo le miró con sus ojos vidriosos, dilatados. Boqueó, llenándosele de burbujas sanguinolentas los labios. Luego, trató de decir algo, desesperadamente, aferrando un brazo de Ingram con mano crispada.

—Esos... maldi...tos... —balbuceó—. Yo no iba... a decir... nada...

—Seguro. Pero esa gente nunca se fía de nadie. ¿No va a hablar ahora, que sabe que ellos no merecen su silencio. LaVerne? ¿Quién facilitaba la droga a Duke? ¿Quiénes la controlan en esta ciudad? Es su última oportunidad, muchacho. La vida se le escapa por momentos... Y ellos tuvieron la culpa.

Sherman LaVerne clavó sus uñas en el brazo de Ross al jadear, con sus últimas fuerzas:

—Los... Siete... Yo... suministraba... la «nieve»... a través de... Sam...

—¿Sam Maddox? ¿El dueño de esto? —puntualizó Ross, impaciente al ver que la vida se iba por instantes de aquel cuerpo ensangrentado.

LaVerne afirmó. Su boca ahora vomitaba sangre. Aun así pudo

balbucir algo más:

—También supe de... de... Terence... Callum.... el Número... Dos...

—El Número Dos... Terence Callum... ¿Y Maddox es el Número Uno?

—No... —jadeó el moribundo—. El Número Uno... es... el jefe supre...mo... Maddox es el Número... Tres... Sólo sé... eso... ¡Dios mío!

Vomitó de nuevo, y se quedó rígido. Estaba muerto.

Ingram lo dejó caer suavemente al suelo. Alzó la cabeza. La *strip-teaser* del Orient estaba allí en la puerta, contemplándolo todo con gesto de horror en su pálida faz.

Ingram cerró piadosamente los ojos al muerto y se puso en pie.

—¿Lo ha oído todo? —preguntó, seco.

Ella afirmó despacio, tragando saliva con dificultad. Le temblaban las piernas, era evidente. La bata se había aflojado y casi emergía un pecho entero desnudo, pero eso no parecía importarle demasiado, sí es que se había dado cuenta de ello.

—Pues será mejor que lo olvide, hermana —silabeó Ross duramente—. Ya ha visto lo que pasa por saber demasiado. No diga a nadie que nos oyó hablar durante la agonía.

¿Cuál es su nombre, a todo esto?

—Yvonne —susurró con un hilo de voz la joven—, Figura en los carteles del club... Me apellido Justin. Yvonne Justin.

—¿Es su verdadero nombre?

—Sí. Nací en el Canadá francés.

—Entiendo. Vámonos de aquí —miró por encima del hombro de ella. Varios empleados acudían a la carrera por el pasillo. Dos de ellos, armados. El disparo de su pistola debió conmocionarlo todo.

Salieron del camerino. Ross miró a los camareros armados que capitaneaban el grupo de asustados empleados y clientes. Alzó una mano.

—No necesitan correr más —dijo—. Mataron a su artista. Sherman LaVerne. El asesino es ese que está ahí, muerto también. Tuve que

matarle o me hubiera matado él a mí. esta joven es testigo de ello.

Yvonne asintió, demudada todavía. El *maître* de la sala, empuñando una pequeña pistola de calibre 22, miró ceñudo a Ingram.

—¿Quién diablos es usted? —farfulló—. ¿Por qué va armado?

—Es una sana costumbre que tengo, amigo —rió Ingram—. -Vamos, llamen a la policía cuanto antes. Este es asunto de ella, no nuestro. Me quedo hasta que lleguen ellos, no tema.

CAPITULO IV

El teniente Lionel Turner, de la Brigada de Homicidios de Los Angeles, era el típico policía que puede uno ver en las películas, pensaba divertido Ross Ingram.

Fornido, rudo de modales, rostro cuadrado, ropas mal cortadas y amplias, pies grandes y voz brusca. Parecía tan divertido con todo aquello como si le hubieran quitado la piel a tiras. Y su simpatía hacia Ingram podía compararse con la que sentiría un gato por un perro.

—De modo que fue usted policía en Nueva York... —silabeó tras oír la historia de Ross, en la que faltaban detalles tan significativos como su charla final con el asesinado, y el hecho de que trabajase para Waldo Stensgaard.

—Así es, teniente. Renuncié a mi puesto hace sólo tres días.

—¿Y qué le trajo tan lejos de allí?

—Vacaciones —sonrió Ingram—, ¿Usted nunca desea hacerlas?

—Sí, pero no puedo —refunfuñó el oficial de Homicidios—. También es casual que vaya a tropezarse con un crimen y un criminal, nada más pisar Los Angeles, amigo.

—Sí, es como una fatalidad —aceptó inocentemente Ross.

—Yo no creo en fatalidades —cortó secamente su interlocutor—. ¿A qué vino a este local?

—Es un club público, ¿no? Quería tomar una copa y ver un poco de espectáculo...

—Este local tiene mala fama en la ciudad. Su whisky es pésimo, y su espectáculo muy pobre. ¿En qué guía turística de la ciudad vio su nombre para venir a visitarlo?

—No creo haberlo visto en ninguna. Pasaba por enfrente, y entré, eso es todo.

—Eso no cuela. Ingram

—Bueno, es cosa suya que me crea o no. Le estoy diciendo la verdad. Yo no conozco esta ciudad. ¿Qué más me da un sitio que otro?

—¿Por qué va armado?

—Porque en nuestros días hay tanta seguridad ciudadana que un hombre honrado no puede ir sin armas por ahí, si quiere volver vivo a casa. Habrá visto que tengo mi permiso de armas en regla...

—Para circular por Nueva York, sí. Para esta ciudad, no.

—Es sólo cuestión burocrática. Mañana sacaré mi permiso local. No tuve tiempo aún.

—No me gusta su historia. Ingram. Ni me gusta usted.

—Créame que lo siento. Esperaba algo mejor de un colega.

—Ex colega —le rectificó con frialdad Turner. Escudriñó el rostro apacible de Ross y meneó la cabeza de un lado a otro—. No, no me gusta usted. Será mejor que no abandone la ciudad hasta que yo le autorice a ello, ¿está eso bien claro?

—Como la luz del día —sonrió Ingram—. Recuerde que he dicho eso mismo a muchos sospechosos durante mis años de trabajo. Nueva York y Los Angeles no se diferencian demasiado, después de todo.

—Entonces, ya sabe lo que tiene que hacer.

Se alejó, ocupándose con sus hombres de los detalles técnicos del caso. Los cuerpos de LaVerne y de su asesino fueron sacados del lugar en camilla, camino de la ambulancia.

Junto a Ingram se detuvo un hombre alto, delgado, vestido de smoking, de rostro afilado, ojos penetrantes tras unas gafas de montura metálica, y manos largas, flacas y muy blancas.

—Debe disparar usted muy bien —comentó con frialdad.

Ross le miró. Asintió, sin mover un músculo de su cara.

—Bastante bien, gracias a Dios —dijo—. Si no esta noche me hubiera enviado al infierno ese rufián.

—¿Qué hacía usted aquí? Está prohibido a los clientes cruzar esa cortina.

—¿Y usted quién diablos es para preguntarme eso?

—Sam Maddox, dueño del local —fue la helada réplica—. No ha

respondido aún a mi pregunta, amigo.

—No soy su amigo —cortó Ross—. Y para responder preguntas. ya hablé con la policía.

Pero no creo que sea un delito que a uno le gusten las tetas de una chica y vaya en su busca a la menor oportunidad.

—Entiendo —los ojos eran oscuros, tras los espejeantes vidrios de sus gafas, y se clavaban en él—. ¿Le gusta Yvonne?

—¿A usted no? ¿O prefiere a tipos como LaVerne, señor Maddox?

—Me está ofendiendo —se alteró Maddox—. Yo no soy gay. En mi local trabajan tresvestis, pero eso ocurre en otros clubs de la ciudad, sin que ello signifique que uno lo apruebe. Al público le gustan esas cosas, y hay que dárselas.

—Sí, claro. También les gusta el alcohol y se les da el de peor calidad. O les gustan las drogas, y se les facilitan... a ser posible adulteradas, para ganar más dinero. Siempre es lo mismo: dinero. La razón de todo, señor Maddox.

Al dueño del Orient no le gustó lo que Ross decía. Torció el gesto. Luego fue abrupto en sus palabras:

—No me gustaría verle otra vez por aquí.

—Es posible que se vea complacido. A mí tampoco me gustan usted ni su local.

—Tenga cuidado con lo que dice, amigo. Soy un hombre influyente en esta ciudad.

Mucho más de lo que imagina.

—Yo no imagino nada —rió Ingram, mirándole desafiante—. ¿También es influyente Terence Callum?

Fue un disparo certero, aunque sabía que también temerario. Maddox acusó el impacto. Fue como si de repente le diera una punzada en el estómago. Se encogió, su cara perdió color, los ojos brillaron vivamente, y las manos descoloridas se pusieron rígidas.

—¿Qué está diciendo? —silabeó, mirándole con expresión helada.

—Creo que ya me ha oído —suspiró Ross irónico.

—No sé de qué me habla. No tengo ninguna relación con Terence Callum. Sólo soy un dueño de club nocturno, y él es concejal de esta ciudad, con una buena carrera política por delante. No tengo nada en común con él. ¿Por qué dijo eso?

—Por nada, olvídelo —se encogió de hombros y se alejó hacia la salida.

A su espalda, la voz de Maddox sonó cortante, ominosa:

—Le avisé, amigo. Está bordeando un abismo.

—¿Quién me arrojará a su fondo cuando me descuide? —preguntó, volviéndose y

mirando al otro por encima del hombro—, ¿Usted en persona o un pistolero a sueldo?

Y abandonó el corredor, cruzó la sala del club nocturno, ya muy desanimada tras llegar la policía, dejando el Orient tras de sí. Cuando pisó la acera, llovía suavemente sobre Los Angeles y el asfalto aparecía charolado y brillante, aunque la temperatura seguía siendo cálida en la noche.

—Y eso que nunca llueve en el sur de California —gruñó Ingram sarcástico (1).

(1) Alusión a una conocida canción, titulada *Nunca llueve en el Sur de California* (*It never rains in the Southern*

***California*)**

Se acercó al portero del club para pedirle que llamara un taxi. El uniformado individuo estaba charlando con una pareja que regresaba al interior de un moderno y costoso automóvil Chevrolet, color guinda. Captó algunas de sus palabras:

—...Lo siento, señor Skegson, pero la policía sigue ahí dentro con lo del doble homicidio y todo eso. Sí, comprendo, vuelvan otra noche. Gracias, señor Skegson...

Y guardó el billete de propina que el caballero de smoking le daba. La dama que iba con él era rubia ceniza y vestía traje de noche negro y plata. Ingram frunció el ceño, viéndoles partir.

Se acercó al portero y le pidió el taxi, dándole un billete de dos

dólares. El hombre se apresuró a asentir. Ross, como al descuido, hizo un comentario:

—Me pareció ver a los Skegson hace un momento... ¿No eran Druy y Val Skegson por casualidad, esa pareja que se marchaba ahora?

—Cierto, señor. Ellos eran. Con este jaleo de esta noche, han preferido marcharse. Son buenos clientes. Muy habituales aquí, señor...

Ingram tomó el taxi que llamara el empleado y se alejó del club, preguntándose si el viejo magnate Waldo Stensgaard sabría que su hijastra y su yerno frecuentaban el Orient.

Si era así, le extrañaba que no se lo hubiera mencionado.

* * *

Durmió bien aquella noche, pese a todo. El viejo Stensgaard le había facilitado previamente un buen alojamiento, en pleno centro de Los Angeles. Un lujoso apartamento en un edificio de Wilshire, frente a una joyería de nombre europeo y un supermercado. Los apartamentos disponían de un sistema especial de seguridad electrónica, teléfono con circuito de televisión para saber quién llamaba abajo, y una serie de medidas que hacían bastante seguro el lugar. El padre de Duke sabía hacer las cosas.

Se levantó, pidiendo el desayuno al bar del edificio. Una vez aseado, se dispuso a salir. Ya no llovía, y el cielo lucía sobre la ciudad. El asfalto estaba seco y la temperatura era elevada y húmeda. Adquirió un periódico en un cercano puesto.

y echó una ojeada a las noticias.

El asesinato del Orient figuraba en la página de «Última hora», y se hablaba de la muerte de un pistolero, a manos de un forastero que a punto estuvo de morir también asesinado. No se daba su nombre, pero sí el del pistolero muerto: Eddie

Moran, un delincuente habitual con numerosos antecedentes y una condena cumplida de cinco años por homicidio. También se le conocía por su relación con los traficantes de droga de la ciudad.

«Vaya angelito —comentó Ross, doblando el periódico—. No creo que nadie lllore su muerte.»

Se metió en una hemeroteca y buscó datos sobre el Ayuntamiento de

la ciudad.

Allí encontró información sobre el concejal de Servicios Municipales de Seguridad. Terence Callum. Se echó a reír, moviendo la cabeza.

«¡Servicios Municipales de Seguridad! —comentó—. Y el tipo es un traficante de drogas... Buen ejemplo para el pueblo cuando esto llegue a saberse.»

Según la información obtenida. Terence Callum era un hombre de cuarenta y cinco años, casado, ex combatiente en Vietnam, de posición holgada, fama de honesto y padre de tres hijos. Sin embargo, aquel tipo, según LaVerne. era el Número Dos de Los Siete. Todo un pez gordo en el negocio de la heroína adulterada.

Había ganado fácilmente las elecciones, junto con otros compañeros políticos, y tenía una lujosa residencia en Bel Air. Los ciudadanos encuestados parecían realmente felices con su victoria política a nivel municipal, y se pronosticaba para Callum un futuro lleno de éxitos en el terreno político.

«Ahora entiendo cómo puede llegar a funcionar tan mal una sociedad —

rezongó Ross hablando consigo mismo—. Si éstos son los honorables...»

Recogió todos los datos y abandonó la hemeroteca. Luego se encaminó a un negocio de coches usados y adquirió un automóvil en buen estado para deambular por la ciudad en lo sucesivo. Cuando comenzó a rodar por las calles de Los Angeles, el retrovisor le mostró por tres veces consecutivas la presencia de un coche tras de él. a alguna distancia. Siempre era el mismo: un Ford marrón de reciente factura. Hizo algunos virajes repentinos, cambió de ruta, y siguió viendo el mismo coche a su espalda.

«Empieza el baile —rió duramente—. ¿Quién me seguirá? ¿La policía o los otros?»

Hizo varias maniobras para eludir la persecución, pero resultó inútil. Su sombra era alguien que sabía su trabajo. Ciertamente que aún conocía Ross una serie de trucos para intentar librarse de él, pero no los utilizó. En vez de eso se detuvo bruscamente ante un bar, y bajó del coche. De soslayo observó que el Ford marrón se pegaba al bordillo igualmente, a cosa de unas cincuenta yardas. Puso en funcionamiento el parquímetro y echó a andar resueltamente hasta el coche en

cuestión.

Cuando estuvo a su altura, se inclinó inesperadamente, aferrando a su conductor por las solapas, a través de la ventanilla abierta. Sus fuertes manos alzaron al tipo del asiento.

—Buenos días, amigo —saludó—. ¿Le divierte el juego?

El otro resopló, mirándole aturdido, mientras en vano forcejeaba por desasirse.

—¿Se ha vuelto loco? ¡Oiga, suélteme! ¿O quiere que llame a la policía? —

clamó.

—No creo que lo haga, por mucho que le zarandee. Si es policía, porque no necesita llamar a otro. Y si no lo es, porque no le conviene meterla en esto.

Vamos, diga por qué me sigue, sea buen chico.

—Usted está chiflado, señor. Yo no sigo a nadie —protestó el otro, airado.

Ross se echó a reír y le hizo golpear la cabeza por dos veces contra el techo del vehículo. Luego, tiró de él, hasta hacerle sacar la cabeza por la ventanilla.

—Escúcheme bien, amigo —silabeó—. Sí vuelvo a verle detrás mío. le romperé los huesos sin vacilar, ¿está eso bien claro? Aunque cambie de coche, le reconoceré. Tendrá que recurrir a otro tipo para seguirme. Y a otro automóvil, claro. Usted no es policía, eso salta a la vista. De modo que es de los otros.

Dígales a sus compinches que a Ross Ingram le disgustan los pelmazos que se pegan a sus talones. La primera vez, les dejo los huesos hechos una pena. Y la segunda vez les vuelo la cabeza a tiros. Yo que usted no correría ese riesgo.

Ahora, váyase de aquí o empiezo a cumplir mi amenaza.

Y le arrojó contra el asiento violentamente. El hombre dio una voltereta, pegándose contra la portezuela contraria. Rápido, se removió en tan angosto encierro como era su coche, y extrajo un objeto que emitió un chasquido e hizo destellar una puntiaguda hoja

de acero. Juró obscenamente entre dientes, y arrojó su navaja contra Ross.

Este se agachó. El arma silbó, saliendo disparada por el hueco de la ventanilla abierta. La respuesta de Ross no se hizo esperar. Mientras la navaja iba a golpear el muro, rebotando luego en el asfalto, para sorpresa de unos transeúntes que, por no mezclarse en asuntos ajenos se apresuraron a acelerar su paso, alejándose de allí. Ross abrió la portezuela, se inclinó sobre el individuo que le miraba colérico y asustado, y le disparó un pie contra la cara. La punta de su zapato se estrelló en el mentón del hombre, arrojándolo de nuevo contra la otra portezuela, donde su cabeza hizo un ruido de coco golpeado a martillazos. Antes de que pudiera rehacerse. Ross estaba dentro del coche, le tomaba un pie, y se lo retorció con ambas manos, hasta que el tipo emitió un largo aullido de dolor.

Algo chascó en el tobillo del individuo, y el berrido de éste fue como un estertor, antes de desmayarse a causa del dolor de su hueso roto. El pie colgó flácido del tobillo dañado.

—Eso te impedirá caminar por un tiempo, majadero —silabeó Ross. Abrió la guantera del coche antes de abandonarlo. Recogió una pequeña automática calibre 32, provista de tubo silenciador. Rió, guardándola en su bolsillo, y tomó los documentos del coche, que también se llevó consigo sin vacilar.

Pero antes de guardarlos, había visto ya a nombre de quién figuraba aquel automóvil y toda su documentación legal: Sam Maddox era su dueño.

Subió a su propio coche y se alejó de allí, mientras un coche patrulla de la policía se detenía junto al Ford color marrón. Al hombre del tobillo roto iba a costarle bastante aclarar su situación ahora, pensó divertido. Y a Sam Maddox iba a sentarle mal la comida aquel día.

Se metió a almorzar en el restaurante del edificio donde se alojaba, tras llamar a Waldo Stensgaard e informarle de todo lo sucedido la noche antes. El viejo

millonario pareció complacido de que tan pronto hubieran empezado a ocurrir cosas, pero confesó no saber nada de las frecuentes visitas de su hijastra Val y de Drury al club de Maddox. Ross le pidió que no les mencionara a ellos ese extremo, y colgó.

Estaba terminando su almuerzo cuando una pesada sombra se alzó ante él.

Levantó los ojos, cauteloso. Se encontró con la cara cuadrada y áspera del teniente Turner.

—Hola, teniente —saludó risueño—, ¿Quiere sentarse y comer algo?

—No. gracias. Ya he almorzado —su tono distaba mucho de ser amistoso—, Ingram, ya sé un montón de cosas sobre usted.

—¿De veras?

—Sí. Hablé con Nueva York, charlé con su ex jefe, el capitán Wilcox, y con algún otro oficial. No tiene usted un historial brillante. Ingram

—Lo sé. No pretendí nunca ser un policía brillante, sino eficaz.

—Demasiado eficaz, diría yo. Si no llega a dimitir, le cesan bajo expediente.

Usted mutiló a un delincuente a sangre fría. Y rompió los huesos a algunos otros.

—Formó parte del trabajo. Ninguno era una persona recomendable ni digna de compasión, créame.

—¿Tampoco lo era Dustin Kerr?

—¿Quién? —Ross enarcó las cejas.

—Dustin Kerr. Le ha roto usted el tobillo esta mañana. Llevaba un Ford marrón.

—Propiedad de Sam Maddox, según creo —rió Ingram—, No sabía que el tipo se llamara Dustin Kerr.

—Es su nombre. Está hospitalizado. Tiene el tobillo roto. Nunca caminar á bien, posiblemente.

—¿Debo llorar por ello? El me arrojó una navaja.

—Lo sé. Encontramos el arma. Un testigo contó lo sucedido. Pero usted debía denunciarle, no agredirle y tomarse la justicia por su mano. Ingram. Esto no es Nueva York, ni usted tiene aquí ninguna autoridad. Ya no la tiene en ninguna parte.

—¿Necesito ser policía para defenderme de un rufián armado?

—No, maldita sea, pero sus métodos brutales no me gustan. Pudo

hacer otra cosa que partirle el pie a Kerr.

—Quizá debí romperle la cabeza, es cierto. ¿Sabe que iba armado? —y tiró sobre la mesa, displicente, la pistola calibre 32 con silenciador—. Es de él, teniente. La tomé por simple precaución. Parece el arma de un profesional.

—Dustin Kerr es un profesional —jadeó Turner, sentándose ceñudo a la mesa y sopesando el arma en su mano—. Pero nunca pudimos probarlo.

—Es lo de siempre. Me conozco bien esa canción, teniente.

—¿Y qué diablos quiere que haga? —tronó el policía, haciendo que se volvieran varios clientes hacia él, cuando golpeó la mesa con el puño—. Este es un país libre, Ingram. No estamos en una dictadura. No podemos arrestar a la gente sin

pruebas y enviarlas a la cámara de gas sin haber demostrado su culpa. Tampoco podemos maltratarles para que confiesen a palos.

—No me haga reír, teniente. El tercer grado se usó durante décadas y resultó.

Ahora todo es invocar derechos y cosas así. ¿Quién invoca por los derechos de las personas violadas, robadas o asesinadas? ¿Se tuvieron en cuenta esos derechos cuando se les atacó? Teniente, somos ineficaces por completo. admítalo. Los criminales se mofan de nosotros y de nuestras leyes. ¿Por qué no seguirles nosotros su juego también y mofarnos juntos de esas leyes que no sirven para nada?

—Porque eso sería un juego sucio, Ingram.

—Ellos nunca juegan limpio. Nadie juega limpio en esta vida. Sólo los tontos y los idealistas.

—Ingram, sus ideas son fascistas. No me gusta su modo de pensar y de obrar.

—Eso ya lo ha dicho antes. ¿Cree que soy un reaccionario?

—Total.

—¿Por qué no le pregunta a Duke Stensgaard lo que piensa de eso? ¿O a Sherman LaVerne, asesinado anoche? ¿Por qué no es capaz de saber quién está detrás de aquel pistolero. Eddie Moran, o de ese

desgraciado bribón de Dustin Kerr? ¿Quién les da las órdenes, quién les paga? ¿Quién llena de droga asesina esta ciudad? No lo sabe, ¿verdad? Y si lo sabe, no puede probarlo.

—Empiezo a entender —Turner le miró fríamente—. Stensgaard. ¿Es eso? ¿Le paga el viejo millonario acaso?

—¿Y qué, si así fuese?

—Es tan reaccionario como usted. El no quiere que se haga justicia. Quiere venganza. Sangrienta y cruel venganza.

—También la quería Hamlet. Y nadie le llamó fascista.

—Váyase al diablo. Ross Ingram —farfulló Turner, guardando el arma de Kerr y poniéndose en pie. Le señaló con rígido dedo acusador—. Abandone esta ciudad y no siga con este juego. No dudaré en aplastarle si se cruza en mi camino. Usted no es nadie para mezclarse en un asunto que compete a la policía, bien lo sabe.

Si vuelve a meterse en líos y se toma la justicia por su mano, le costará caro.

Puedo encerrarle por eso, esté seguro. Encontraré mil medios de probar que actúa fuera de la ley.

—Llegado el caso, tendrá que probar eso también. No puede encerrarme ni expulsarme de Los Angeles sin un motivo legal,

—Lo conseguiré si me obliga a ello, ya está advertido por última vez —fueron sus palabras, dando media vuelta y alejándose con larga zancada.

Ross no dijo nada. Reanudó su almuerzo, pero su gesto era grave y preocupado. Sabía que acababa de ganarse otro enemigo, por si no eran bastantes los que ya empezaba a tener en aquella ciudad.

CAPITULO V

El lujoso Cadillac azul rodó por las calles en la madrugada. El Orient quedó atrás, con el parpadeo rojo de su luminoso.

De una esquina próxima, surgió otro automóvil que rodó en pos del Cadillac, a prudencial distancia. Se mantuvo en todo momento a parecido trecho, casi siempre con dos o tres coches entre él y el otro.

Sus ocupantes no sospecharon nada. La persecución era muy sutil para que pudieran advertirla. Cuando se daba cuenta el perseguidor de la ruta que iba a seguir su perseguido, se desviaba por otra calle, para reaparecer en un cruce inmediato y acercarse de nuevo al Cadillac azul donde viajaba Sam Maddox aquella noche, antes de haberse cerrado su club.

Ross Ingram conducía el coche perseguidor. Era un experto en tales lides. Lo había hecho muchas veces en Nueva York, vigilando a algún sospechoso. De ese modo se mantuvo en pos de su presa hasta un paraje poco frecuentado de Pasadena. Hábilmente, cuando el Cadillac se detuvo ante un edificio, pasó de largo y se perdió en una esquina con rápida marcha. No volvió hasta bastante después, y dando un rodeo.

El coche azul seguía parado ante la casa. Pero estaba empezando a maniobrar para entrar en un garaje. Observó que ya no había nadie en el asiento de atrás.

Maddox estaba sin duda dentro de la casa. Ingram sonrió en la penumbra, metiendo su coche en una zona bordeada de altos setos, al otro lado. Aparcó, apagó las luces y esperó unos instantes. Cuando ya no se veía rastro del Cadillac azul, bajó de su vehículo, abriendo la guantera y extrayendo un arma que no era la suya. Esta vez se trataba de un revólver Colt, calibre 45, negro pavonado, y provisto de silenciador. Seguía llevando su 45 automática en la axila, pero no pensaba usarla, a no ser que fuese absolutamente imprescindible. El teniente Turner conocía ya ese arma, y él no quería dejar huellas de su paso por parte alguna. Huellas legales, cuando menos. Por eso su revólver había sido adquirido en los bajos fondos de la ciudad, a un alto precio, y llevaba el número de serie limado. Era un arma sin controlar oficialmente. Y esperaba que continuara así por algún tiempo.

Avanzó hacia la casa. No se veía luz alguna en ella. Todas las ventanas

aparecían cerradas herméticamente, igual que la puerta de entrada. Era un edificio de dos plantas, rodeado por unos setos y unos rectángulos de bien cuidado césped, y desprovisto de verja alguna. Una casa residencial más de aquella aislada zona.

Imaginaba que no sería fácil entrar en ella sin ser advertido. Habitualmente, la gente del tipo de Maddox, siendo como era un pez gordo de la organización de traficantes de droga en Los Angeles, se acostumbraba a reunir en sitios totalmente seguros. Era lógico suponer que aquel edificio poseería una instalación electrónica moderna, a prueba de intrusos. Bastaría fracturar una

ventana para despertar la alarma en sus ocupantes. De modo que renunció a ese procedimiento de inmediato.

Pero tenía que entrar allí de alguna forma. Y creía tener el medio adecuado.

Miró al tejado del edificio, con su chimenea y sus inclinadas tejas de pizarra.

Luego estudió las piedras de la fachada.

Era una estructura de algunos años, con salientes en forma de cornisas y finas grietas entre cada bloque. No resultaba difícil escalar el muro cuando se tenían facultades físicas y práctica para ello.

Probó fortuna por la parte posterior. Fue una tarea dura hasta llegar a la primera cornisa, justo bajo la segunda planta. Se afianzó en ella, pegado al muro.

Tomó aliento, procurando no pasar nunca ante una ventana. Podía haber en ellas detectores sensibles a la presencia de un ser humano, cosa bastante improbable en la propia pared.

Escaló de nuevo trabajosamente, sin prisas, hasta alcanzar el tejado. Se encaramó por él, cautelosamente, dado lo resbaladizo de la pizarra. Llegó hasta la chimenea. No se confió tampoco ahora, estudiando minuciosamente su borde, por si poseía algún sistema de alarma. Si lo había, no era visible allí. Tendría que arriesgarse de un modo definitivo.

Extrajo de su bolsillo un rollo de cordón de nilón, altamente resistente pese a su delgadez. Tenía un color negro mate, adecuado para usar de noche. A su extremo pendía una pesada esfera de plástico y vidrio, que ningún detector de metales podría denunciar. Arrojó el cordón

por el hueco de la chimenea. El peso lo hizo descender en vertical, silenciosamente. Calculó mentalmente la distancia hasta el fondo, dada la altura de la casa. Luego, ató su extremo a la sólida chimenea, y se dispuso a descender por el angosto y oscuro hueco de ventilación del aire. No subía humo por él. Si pertenecía a un hogar, como era lógico, éste permanecería apagado, dada la benignidad del clima californiano en esa época del año. En caso contrario, el nilón ardería, sin remedio posible.

No notó que ocurriera eso. Comenzó su descenso, sujeto por los pies a las paredes de la chimenea, y aferradas sus manos, ahora enguantadas, al cordón vertical. Fue bajando hasta vislumbrar una luz distante y rumor de voces. Se detu -

vo antes de llegar al fondo. Escuchó, atento. Respiró alivia do. Las voces no llegaban inmediatamente juntas a la chimenea. Tampoco la luz. Llegó hasta el final. Puso en pie sobre unos leños falsos, sobre una tubería de gas para fingir el fuego de un hogar tradicional.

La luz llegaba de una puerta vecina entreabierta. La sala donde se encontró, en penumbra casi absoluta, era un amplio comedor con una mesa ovalada en su centro. Caminó despacio, escudriñando los muros por si veía alguna célula fotoeléctrica. Sus precauciones no fueron vanas.

Había dos células de ese tipo junto a la puerta entornada. Unos pasos más, para aproximarse confiado a la abertura, hubiera significado la detección inmediata de su presencia, y la señal de alarma en toda la casa.

Sin llegar a interponer su figura entre ambas células, situadas a media altura en el marco de la puerta, se acercó a ésta lo suficiente para escuchar. Las voces

llegaron nítidas a sus oídos:

—...Y la reunión será en San Diego, como siempre. A la hora de costumbre.

—Allí estaré. Callum. ¿Asiste también el Número Uno?

—Sí. Es una emergencia. Conviene que estemos todos. La muerte de Eddie en el club, así como el hecho de que hospitalizaran a Kerr con el pie roto, exige una inmediata reacción. Hay que acabar con ese antiguo polizone llegado de Nueva York.

Ingram aguzó el oído, en completa tensión. Hablaban de él. Parecían saber bastante de su persona, a juzgar por lo que pudo oír ahora.

—¿Seguro que fue la misma persona quien mató a Eddie y atacó a Dustin?

—Claro —afirmó la voz de Callum, seca y fría—. He hablado con él en el hospital. Fingí hacer una visita oficial y pude cruzar con él unas palabras en Traumatología. Han tenido que operarle el tobillo y escayolarlo. Fue Ingram.

—Maldito tipo... —rezongó la voz que Ross reconoció como la de Maddox, el dueño del Orient Club—. Es duro de pelar. Eddie Moran no era un novato.

—Lo sé. Alguien ha contratado a ese tipo para causarnos problemas. Debe relacionarse de alguna manera con el joven muerto. Duke Stensgaard.

—Sabía que lo de ese jovencuelo iba a traernos problemas. Pero pensé que deshaciéndonos de Sherman LaVerne estaría todo arreglado.

—Así lo creí yo también. LaVerne era demasiado hablador, sobre todo con sus amiguitos. Había que sellarle los labios para siempre. Y tuvo que venir ese miserable polizón de métodos violentos...

—Me dio la impresión de que el tipo sospechaba de mí. Además, eso de nombrarle a usted me asustó de veras...

—Tal vez LaVerne pudo decirle algo antes de morir, no podemos saberlo.

—El aseguró que lo encontró muerto al llegar...

—Pero no podemos estar seguros. Hay que reunirse el sábado y decidir la forma de deshacernos de ese ex policía. Maddox. No falte a la reunión.

Estaremos todos.

—No faltaré. Callum.

—Muy bien. Ahora, márchese. Espero al Número Cuatro para entregarle la remesa de droga llegada a mis manos. Es muy valiosa.

—Sí, será lo mejor que se deshaga cuanto antes de la mercancía. Callum. Nunca se sabe lo que puede ocurrir cuando un tipo como ése

anda por medio y conoce ya que estamos implicados ambos en el negocio.

—No se preocupe. Maddox —rió la otra voz—. Yo estoy al margen de toda sospecha. Soy un hombre respetable en esta ciudad. Ni ese Ingram puede nada contra mi, se lo aseguro.

Ross sonrió duramente en la sombra. Le era posible ver una parte de la sala. Y

en ella, a través de un espejo, vislumbró a Maddox hablando con un tipo fornido, de edad mediana, cabellos levemente canosos y porte distinguido. Pero no era eso todo. Había otros tres hombres en la estancia, junto a unas cajas de embalaje, en cuyo exterior se leía: «JUGUETES PARA LA CAMPAÑA DE CARIDAD

NAVIDEÑA DE LOS ANGELES.»

«De modo que es eso —meditó Ross—. El concejal Callum aprovecha su cargo para introducir la droga en supuestos envíos al municipio, como juguetes de caridad y cosas así... Muy astutos y desaprensivos...»

Los individuos situados junto a las cajas eran tipos con aspecto de pistoleros profesionales. Ingram se preguntó qué diría aquella confiada y corrupta ciudad cuando se supiera que su concejal Callum introducía heroína de ese modo. Pero eso nunca llegaría a saberse, a menos que él...

Hizo un rápido cálculo mental. Y decidió actuar. ¿No que rían acabar con él?

Pues bien. Iban a tener la ocasión que ni pintada para conseguir su anhelo...

Y entró en acción. Desenfundó su pistola automática con la diestra y empuñó en la zurda su pistola silenciosa. Tenía la gran ventaja de ser ambidextro.

Saltó por encima de los sensores electrónicos, en un ágil brinco, y la alarma no sonó al no interponerse él entre los dos ojos fotoeléctricos. Al pisar el suelo, justo en el umbral de la habitación, mientras todos ellos le daban la espalda, llamó suave y fríamente:

—¿No querían verme, amigos?

—¡Ingram! —rugió Maddox, volviéndose con una repentina palidez

mortal en su rostro contraído—. ¡Dios, nos ha sorprendido. Callum!

Este lanzó un grito ronco y llevó su mano a un cajón cercano, en busca sin duda de un arma de fuego. Ross Ingram se olvidó de él y de Maddox, para poner toda su atención en lo más urgente: los tres tipos con aire de profesionales del crimen.

—¡Matadle! —aullaba ya la voz de Callum, frenética—. Pronto, acabad con él!

El trío extrajo armas silenciosas, habituales en su oficio. Para entonces, ya Ingram les cubría con sus armas. No utilizó en ningún momento la automática, sino el Colt 45 silenciado. El arma emitió varios chasquidos de escalofriante se quedad. Las balas brotaron precisas, sin apenas ruido. Pero tan mortíferas como si hubieran producido estruendosas detonaciones. Cada uno de los pistoleros recibió una destinada a su persona. Uno de ellos saltó al rás, con medio cráneo destrozado, el segundo se dobló, con el corazón perforado limpiamente, y el tercero sintió una especie de mordedura ardiente en su garganta cuando la bala atravesó su nuez y le mató en el acto. Al golpear el suelo, los tres eran cadáveres.

Todo eso sucedió en apenas dos segundos, lo que tardó Callum en sacar un arma, también con silenciador, de la gaveta del mueble cercano, y Maddox en extraer de sus ropas una pesada automática sin tubo silencioso.

Parecían tener toda la ventaja, puesto que Ross estaba concentrado en su desigual tiroteo con los pistoleros. Callum llegó a disparar una silente bala que zumbó cerca de Ross, gracias a que éste una décima de segundo antes se había precipitado tras un sofá. La pieza arrancó esquirlas de mader a dorada y se incrustó luego en el muro. Maddox se dispuso a apretar el gatillo de su automática sobre el mueble que protegía al adversario.

Ross asomó tras el mismo un instante y disparó dos veces. Maddox saltó atrás, como empujado por un mazo invisible, lanzó un alarido ronco y desorbitó sus ojos, al sentir en el pecho el impacto abrasador del proyectil. De su mano escapó

, la pistola sin haber llegado a dispararse, y se fue contra un espejo que hizo añicos con su peso, desplomándose al suelo alfombrado entre pedazos de vidrio azogado, con un violento estruendo.

Callum, aterrado, contempló un instante la caída de su compinche, sin acabar de creer lo que veía, y eso demoró su acción contra Ingram. Le

resultó funesto, porque cuando quiso reaccionar y disparar de nuevo hacia el ex policía, éste le había ganado ya por fracciones de segundo, volviendo a disparar, la última bala de su Colt esta vez. Con igual precisión silenciosa y mortífera, la sexta pieza de metal se alojó en la canosa cabeza del concejal, arrojándole contra un mueble que derribó en su caída aparatosamente. En el suelo dio dos o tres sacudidas antes de quedar inmóvil.

Apenas si habían transcurrido diez segundos desde la aparición de Ross Ingram, y cinco hombres yacían sin vida en la estancia. Guardó su revólver vaciado, y sostuvo en su diestra la automática, caminando hacia las cajas de juguetes.

Arrancó una tabla y retiró virutas de su interior. Extrajo un ratón tamborilero de hojalata, provisto de pilas para el movimiento. Le arrancó la cabeza sin miramientos. De su interior, cayeron al suelo tres pequeños saquitos de plástico con polvo blanco. Lo probó con la punta de los dedos.

—Heroína de inmejorable calidad —susurró—. Si eso está lleno de juguetes con tal carga dentro, hay una fortuna en las cajas...

Caminó hasta los dos dirigentes muertos. Desechó a Maddox. Evidentemente.

Callum era más importante. Registró sus ropas. Encontró un billetero con su documentación, llaves, cigarrillos, un encendedor de oro y otros objetos. También una agenda de tapas de piel de cocodrilo. La guardó en su bolsillo sin echarle ni una mirada.

Fue al teléfono. Aquella batalla, salvo el estrépito de vidrios rotos, había sido sumamente silenciosa. Sin embargo, el ruido del espejo destrozado bastó para llamar la atención del chófer que llevara a Maddox hasta allí. Oyó una voz fuera de la estancia, preguntando:

—¿Ocurre algo, señor? He oído ruido de cristales rotos...

Era el último que quedaba en la casa, sin duda. Ingram fue hasta la puerta y avisó con voz ronca, imitando el tono de Maddox:

—Sí, entre, por favor...

La puerta se abrió. Ross se puso a un lado. Apenas asomó el otro, pistola en mano, le descargó un violento culatazo en la nuca con su pistola. El chófer de Maddox cayó fulminado.

Rápido. Ingram fue al teléfono que había sobre la mesa. Lo alzó. Había línea.

Marcó el número de la policía local. Cuando se puso el encargado de centralita, informó del emplazamiento de la casa en Pasadena, añadiendo:

—Hay cinco muertos aquí. Y un alijo de heroína por valor de muchos miles de dólares. Vengan pronto. Uno de los muertos es el concejal Terence Callum. que llevaba con otros socios el bonito negocio de las drogas... No se demoren.

También hay otro bribón aún con vida. Y no es el que mató a los demás.

Colgó, riendo duramente. Luego, se dispuso a abandonar la casa, sin importarle

ya que sonaran todas las alarmas habidas y por haber. En el lugar sólo había muertos y un hombre inconsciente. Y heroína, que una vez adulterada debida mente, proporcionaría millones de beneficio a sus desaprensivos traficantes.

Pero dos de éstos ya no recibirían su parte en esas ganancias nunca más. Sólo quedaban por delante cinco supercriminales controlando el negocio de la droga dura en Los Angeles.

Y también estaba dispuesto a terminar con todos ellos.

CAPITULO VI

La información esta vez, invadía las primeras planas de los diarios de la ciudad.

Corrupción política en la ciudad de Los Angeles. Un concejal involucrado en el tráfico de drogas. Dueño de un club nocturno muerto junto al concejal Callum. en compañía de tres pistoleros profesionales y un gran alijo de drogas. ¿Quién es el justiciero anónimo que avisó a la policía?

Las manos que hojeaban aquel diario, lo estrujaron con rabia. Unos ojos fríos y duros reflejaron rabia y odio irrefrenables. El periódico terminó en una papelería. Luego, la mano pulsó un botón del comunicador. La voz, abrupta, avisó a la secretaria del antedespacho:

—Póngame con el señor Forwood, por favor. Es urgente.

—Sí, señor Meredith —respondió la voz de la secretaria.

Un momento después, sonaba el teléfono. El llamado Meredith lo descolgó casi con violencia.

—¿Hugh? —preguntó con aspereza.

—Sí. ¿Eres tú, Warren?

—Así es. ¿Has leído los diarios?

—Claro. Y he visto la televisión. ¿Quién pudo hacer eso?

Las fotografías eran horribles... Tienen detenido a Sidney Cole, el chófer de Sam.

Pero no sabe nada, no hay peligro por ese lado. Sólo que su jefe estaba metido en el asunto. Y su jefe ya no puede hablar.

—No es Cole quien me preocupa, sino el tipo de que me habló el otro día Sam.

—¿Ingram?

—Sí, el mismo. No pronuncies nombres por teléfono. Hugh. Debemos vernos de inmediato.

—Hay una cita para el sábado en San Diego, ¿no?

—No. Se ha suspendido la reunión. No acudiremos. Hay que tomar precauciones. Tal vez ese hombre lo sepa y pueda hacer acto de presencia allí.

Hemos perdido un negocio de casi diez millones. Es lo que valía el alijo. Y hemos perdido a dos socios.

—Sí, es una fea cosa —admitió el llamado Forwood—. ¿Qué podemos hacer?

—Te lo diré cuando nos veamos. Pero de momento, te puedo anticipar algo: Ingram debe desaparecer, ser borrado, ¿entiendes?

—Claro. ¿Crees que fue él quien...?

—Estoy seguro. He obtenido datos de él. Fue policía en Nueva York. Dimitió por un mal asunto. Se tomaba la justicia por su mano. Eso encaja aquí, ¿no?

—Sí, demasiado bien. ¿Qué clase de tipo es?

—Duro. Muy duro. Estuvo en el Orient la noche de lo de LaVerne. Creo que sabe mucho. Si encontró datos en casa de Terence, puede ser muy peligroso. No faltes. Te espero esta misma noche en mi casa. Haremos algo.

—¿De qué modo?

—Te lo diré personalmente, no por teléfono. Pero recuerda un dicho francés, amigo mío: «*Cherchez la femme...*»

—«Buscad la mujer», ¿no?

—Algo así. Pero aplicado a nuestro amigo Ingram —rió con acritud Meredith—.

En fin, yo me entiendo. No faltes esta noche. A las diez.

—De acuerdo. Allí estaré.

Warren Meredith, importante hombre de negocios de Los Angeles, con influencias y amigos incluso en el gobierno de California, colgó, con un frío brillo de cólera en sus ojos.

Garland Curtis - Quema el asfaltoAhora veremos quién es más listo.

silabeó, hablando consigo mismo—. Lo veremos muy pronto, maldito verdugo...

* * *

—Ha sido magnífico. Ingram. Le felicito. Siempre le creí un hombre capaz de muchas cosas, pero no tanto. Apenas llegó, ha dejado a Los Si ete reducidos a cinco... Y toda una carga de esa sucia droga, en poder de la policía...

—Desgraciadamente, es sólo una victoria parcial, señor Stensgaard —manifestó gravemente Ross, sentado frente al millonario—. Ganar una batalla no significa en absoluto ganar la guerra. Esa gente no es tonta ni inofensiva. Atacará en cualquier momento, estoy seguro de ello.

—¿Cree que está lo bastante seguro en su apartamento de Los Angeles? Podría trasladarse aquí...

—No. gracias. Estoy demasiado alejado del centro. Me costaría moverme por la ciudad. Prefiero el apartamento. Le he dispuesto unas cuantas medidas de seguridad adicionales, por si acaso.

—Ojalá sean suficientes. ¿Le ha dicho algo el teniente Turner?

—No, nada. Guarda un discreto e inquietante silencio. A esta s horas está totalmente seguro de quién acabó con esos cinco rufianes, podría jurarlo. Pero no tiene pruebas. Usé un arma que no es la mía habitual. Sabe que no puede cogerme, pero lo intentará en otra ocasión. Es un policía chapado a la antigua, moralista y honesto. No comprende ciertos métodos. Sabe que no asesiné a nadie, que fue una lucha leal, contra un enemigo cinco veces superior. Pero no aprueba mis tácticas ni mi código. Van en desacuerdo con su conciencia de buen policía.

—Sí, lo comprendo —suspiró Stensgaard, moviendo su canosa cabeza dubitativamente—. Pero de no ser por usted, muchos otros jóvenes de ambos sexos hubieran podido morir víctimas de la droga en esta y otras ciudades, y gente como Maddox y Callum seguirían vivas y gozando del respet o de los demás.

Es repugnante. Ingram.

—¿Qué es lo repugnante, querido padre? ¿Importunamos tal vez?

La voz jovial que preguntaba era femenina. Ross giró la cabeza. Val

Skegson

entró en la estancia, con su aire deportivo y alegre. Vestía de tenis, llevaba una raqueta en la mano y parecía algo congestionada por el esfuerzo físico. Tras ella venía, de igual guisa, su marido. Drury Skegson. A él se le veía más tosco que vestido de smoking. Ella, en cambio, resultaba más espontánea y natural así que con su elegante traje de noche.

Ella besó a su padrastro en la frente. Drury le apretó afectuoso un hombro, y ambos se volvieron hacia Ross. El viejo Stensgaard hizo las presentaciones. Se limitó a decir que Ingram era «un buen amigo de Nueva York», sin añadir más.

—Nos vimos ya en otra ocasión —dijo Ross con trivialidad al besar la mano de la joven hijastra.

—¿De veras? —pestañeó ella, arqueando las cejas—. No lo creo. Yo no le hubiera olvidado fácilmente. Soy buena fisonomista. Y usted tiene personalidad.

Ingram.

—Muy amable. Quizá no me vieron bien. Yo a ustedes sí. Fue a la salida del club Orient, la noche que mataron a Sherman LaVerne, el amigo de su hermanastro Duke.

Fue como soltar un exabrupto en una reunión diplomática. Los Skegson se quedaron mirándole, asombrados. Y bastante contrariados también, sin duda alguna.

—Yo... —Val miró rápida a su padre, que escudriñaba a su hijastra e hijo político con aquellos sagaces ojos suyos, taladrantes y fríos—. No. no le vi. lo admito,

—El mundo es un pañuelo —gruñó Drury Skegson de mala gana—. Tuvimos que coincidir con usted precisamente allí...

—Sí. Drury. *Precisamente* allí, en el Orient. —Era Waldo Stensgaard quien hablaba ahora con su voz suave y casi ominosa—. Curioso, ¿no?

—Verás, papá, debimos decirte que ahora vamos a veces por allí... —habló Val con escasa seguridad—. Es desde que murió Duke...

—Queríamos conocer ese ambiente, ver si era posible descubrir algo en alguna ocasión, ¿comprende? —añadió Drury, no demasiado

convinciente.

—No os pido explicaciones de vuestra vida —cortó Stensgaard—. Pero pudisteis habérmelo comentado alguna vez. No es un local recomendable. Sobre todo, después de lo ocurrido a mi hijo...

—Ya te dije que queríamos descubrir algo, conocer ese lugar a fondo... —dijo Val.

—No te creo —cortó de nuevo su padrastro—. Además, ya hay alguien que se ocupará de eso.

—¿Quién?

—Yo, señora —terció suavemente Ross—. ¿Saben que el dueño del Orient ha muerto violentamente anoche, junto a un compinche suyo en el negocio de la droga?

—Sí, lo hemos oído por la radio —asintió Drury, incómodo, evitando mirarle—.

¿Fue él quien causó la muerte a Duke tal vez?

—Tal vez —Ross se encogió de hombros—. Lamento haber mencionado su

presencia allí. No quise ponerles en conflicto familiar. Disculpen ahora.

Salió de la estancia, encaminándose al jardín circundante, de tan enormes proporciones. Dio un paseo hasta la pista de tenis donde jugaran hasta poco antes Val y Drury Skegson. Descubrió sobre una grada junto a la pista una rebeca blanca, liviana, con rebordes rojos y azules. La tomó en su mano. Olía a un suave perfume de rosas.

—Es mía —dijo la voz a su espalda—. He vuelto a recogerla, señor Ingram.

Se volvió, tendiéndosela a Val. Ambos se miraron. Ella ni pestañeaba.

—No se ha creído lo que contamos Drury y yo a mi padre. ¿verdad? —dijo con firmeza.

—La verdad, no —confesó Ross.

—Acertó. Hemos mentido. No nos lleva allí ningún interés detectivesco.

Investigar la muerte de Duke puede ser demasiado peligroso para personas como nosotros. La verdad es que Val y yo vamos allí por simple conveniencia personal.

Primero fue una visita de curiosidad. Luego... Drury encontró algo que le gustaba.

Y yo también.

—Me gustaría entenderla mejor, aunque sospecho algo —dijo Ross, mirándola.

—Creo que acierta también en sus sospechas —suspiró ella—. Drury no es un marido ideal. Le gustan *otras* cosas.

—Ya. ¿Y usted?

—Me siento sola y muy insatisfecha, compréndalo. El se va con sus... amigos.

Yo tengo que buscar mis propias «amistades».

—¿Por qué me cuenta eso?

—No lo sé. Me inspira confianza. Y no quiero que crea otra cosa. No me drogo ni nada parecido. Es más, odio la droga desde lo de Duke. Drury tampoco. Pero tiene sus gustos extraños. Hemos llegado a una especie de acuerdo sin qué papá lo sepa. Su moral le llevaría a despreciarnos y alejarnos de su lado.

—Ya. Eso encaja mejor en lo que yo imaginaba. ¿Val era amigo de... LaVerne?

—Sí —ella bajó los ojos, turbada—. Ahora tiene miedo. No sabe a qué, pero lo tiene. Teme que pueda pensar alguien que él sabe cosas que sabía LaVerne.

—¿Y no es así?

—El jura que no. Yo no tengo gustos raros, no me mire así. Busco chicos jóvenes y fuertes. Y les pago. Es triste, pero es así. Compromete menos que buscar amantes oficiales y cosas por el estilo.

—Sí, es triste. Usted es joven, bonita... No necesita buscar esa clase de amores.

—Es muy lamentable —se acercó a Ross. Le rozó con el brazo—,

¿Usted podría sentir algo por mí, sin mediar dinero alguno?

—Por supuesto. ¿Quién le dice que no lo siento ya? Usted es muy seductora, señora Skegson.

—Llámeme Val, por favor —alargó su mano y la apoyó en la de él, apretándole luego—. Sería bonito tener un romance con alguien como usted. Sin dinero.

Bonito... y limpio.

—Pienso lo mismo. Val —sonrió Ross—. Demos tiempo al tiempo, ¿quiere?

Y se apartó de ella, con una leve inclinación, tras apretarle también la mano

suave y firmemente.

* * *

Ross Ingram bajó de su coche. Escudriñó ambos lados de Wishire, cauteloso. No parecía haber problemas a la vista. Un coche estaba aparcado frente a la casa, justo delante del supermercado, pero no vio a nadie en él. Aun así, cruzó la calle lo más lejos posible del mismo, por si acaso. Y retuvo en su memoria que era un automóvil japonés, un Datsun color mostaza metálico. Entró en el edificio de apartamentos, sin olvidar su cautela. El conserje del mismo le indicó con un gesto hacia arriba:

—Alguien le espera en su planta, señor Ingram.

—¿A mí? —de inmediato se puso tenso—. ¿Quién?

—Una mujer —el empleado sonrió, guiñando un ojo—, ¡Y qué mujer, cielos!

Dijo que era amiga suya. Espera sentada en la sala de la planta octava.

—Ya. ¿Dijo su nombre?

—Claro. Si no, no la hubiera dejado subir. Se llama Yvonne Justin.

Yvonne. Recordó el *strip-tease* del azúcar en los pechos mientras subía. ¿Qué quería la danzarina del Orient de él? ¿Cómo había localizado su alojamiento?

Fue lo primero que le preguntó al encontrársela en la sala de visitas de la octava planta donde él residía. Y comprendió de inmediato la admiración del conserje. Yvonne lucía bajo su chaqueta sastre un suéter de cuello alto que se ceñía endiablada y provocativa a su enhiesto y opulento par de senos.

Ella sonrió, acercándose a él. Ross mantenía su mano cerca del bolsillo de su chaqueta, donde llevaba ahora la pistola automática. El revólver estaba oculto en otra parte, por si al teniente Turner se le ocurría registrarle en cualquier momento.

—Quiero que me ayude —dijo ella con voz algo crispada—. El teniente me dijo su domicilio. Ingram.

—Entiendo —resopló Ross—. ¿Le dijo a él para qué quería verme?

—No —rió la canadiense—. Le dije el pretexto más fácil: que quería acostarme con usted.

—¿Y eso es verdad también? —preguntó Ross abriendo su puerta.

—Depende por entero de usted. A mí no me importaría en absoluto.

Entraron. Ross cerró la puerta y conectó de nuevo la alarma electrónica. La invitó a pasar. Ella caminó delante, taconeando graciosamente. Cimbreaaba las caderas al andar, y sus nalgas vibraban agresivas con cada movimiento. Entró en su living y miró en torno.

—Es bonito —comentó—. Vive usted confortablemente, Ingram.

—Sí, no está mal. Vivía peor en Nueva York —admitió con desgana él, encaminándose a las botellas—. ¿Una copa?

—No me vendrá mal —susurró ella—. Estoy asustada, lo confieso.

Le sirvió. Al tenderle el licor, indagó, escudriñándola:

—¿Qué le asusta?

—Todo. Desde que mataron a Sherman LaVerne. me siento vigilada, seguida a todas partes.

—¿Es una simple sensación o está segura de ello? —puntualizó Ross, tomando un trago lentamente.

—Estoy segura. Temo acabar muerta de unos balazos, como LaVerne.

—Ya entiendo —asintió Ross—. ¿Cree que alguien imagina que usted sabe más de lo que realmente sabe?

—Sí. Estar en el sitio menos oportuno en el momento más inoportuno, tiene esas consecuencias. Ingram.

—Serénese. Yvonne —ella se sentó a un gesto suyo, y cruzó sus piernas con descuido. Ross pudo ver toda la plenitud de sus muslos. Vistos así, ganaban en poder de seducción.

Nunca le había excitado ver desnudarse a una chica en un club. Tras una pausa, prosiguió Ross—: ¿Qué le hace pensar que la siguen y la vigilan?

—Un coche que veo con mucha frecuencia —musitó ella—. Un Datsun color mostaza, de brillo metálico.

Ross se irguió. Fue a la ventana y asomó cauteloso tras ella. Señaló a la calle.

—¿Es ese que está ahí ahora? —preguntó.

Ella asintió, con un brillo inquieto en sus ojos.

—Si hay uno, tiene que serlo. ¿Ve cómo tenía razón? Me sigue a todas partes.

—¿Ha visto quién lo conduce?

—No. Es decir, he visto a alguien, pero siempre lleva gafas de sol, sombrero o gorra. Puede ser cualquiera. Tengo miedo. Ingram. Mucho miedo.

—Aquí no tiene nada que temer. ¿No ha pensado que puede ser la policía quien la siga de cerca? Usted fue testigo de algo, le guste o no.

—No. no es la policía. Conozco su modo de actuar. Esa gente es muy distinta.

—Está bien. ¿Qué quiere que haga? ¿Bajar y encararme con esos tipos? Sólo lograría echarlos por un rato. Saben dónde trabaja usted, dónde vive, sin duda alguna... Por cierto, ¿sigue actuando en el Orient, después de lo sucedido a su patrón?

—Sí. El local sigue abierto. Leonard DeWolff, un amigo de Sam Maddox, rige el local por el momento.

—¿Quién es ese DeWolff?

—Un pistolero. Un profesional, muy amigo de una chica llamada Dominó.

—Dominó Baker. Buscona de hombres y mujeres, aunque joven y bonita.

—¿La conoce?

—Un poco. ¿De modo que tiene un amigo pistolero?

—Dominó tiene muchos amigos. Vive con una mujer en Beverly Hills, una actriz de la televisión. Creo que las dos son lesbianas.

—No me sorprende. A esa Dominó le va todo. ¿Sabe que también era amiga de Duke Stensgaard, el chico que murió por sobredosis de droga adulterada?

—Claro que lo sé. Duke era amigo de todos. Menos de su padre y su familia.

—¿El le dijo eso alguna vez?

—Sí. Estaba harto de su riqueza, sus parientes, su vida regalada y todo eso. Por

tal razón creo que se aficionó a ciertas cosas: amistades equívocas, como LaVerne, drogas, alcohol... Era un chico frustrado y algo amargado.

—Su padre quiere vengarlo. Tal vez el chico no le quería, pero él sí adoraba a su hijo. Está desesperado por su pérdida. ¿De qué otros parientes le habló?

—De su hermanastra. Dijo... dijo que es una zorra. Y su cuñado un... bueno, eso es más fuerte. Ya sabe, un gay.

—Claro —rió Ingram—. Por lo que se ve, la buena sociedad está tan podrida como los políticos y las finanzas, querida Yvonne. Hay de todo, y nada bueno.

—Pobre Duke... Me dolió mucho conocer su final. ¿Por qué le interesa ese asunto?

—Porque es la clave de muchas cosas que están ocurriendo, incluido ese coche que la sigue. Yvonne. ¿Llegó a tener relaciones Duke con

Dominó?

—Seguramente. Ella andaba como loca por él. Pero a él no le importaba mucho esa clase de relaciones. A mí misma me trataba como una hermana. Jamás se me insinuó.

—¿Y usted a él? —sonrió Ross.

—Tampoco —sus ojos relampaguearon de indignación—. ¿Me toma por otra buscona?

—No. claro que no —Ingram se echó a reír, acercándose a ella. Se sentó a su lado—. ¿Qué tal si, además de ayudarla en sus apuros, hacemos lo otro que dijo antes?

—Por mi... —Yvonne se encogió de hombros—. Usted me gusta. Ingram. Es mi tipo. Duke no lo era. Resultaba demasiado infantil, demasiado blando y moldeable...

Se quitó su chaqueta. El punto del suéter dibujó su busto de modo incitante.

Parecían dos obuses apuntando hacia Ross a punto de dispararse. Este resopló, apartándose de ella.

—No, Yvonne. Así no estaría bien. Veamos su coche famoso... —se aproximó a la ventana. Pegó un respingo—. Mire eso. Alguien entra en el coche...

Yvonne corrió a su lado. Le plantó el torso en el pecho al inclinarse a mirar.

—¡Es Dominó! —gritó, al reconocer a la chica que subía al automóvil por su puerta delantera—. ¡Es ella. Ingram!

—Creo que voy a tener una breve charla con la damita —dijo duramente Ross—

. Quédate aquí. Yvonne. Será un momento.

Ella asintió. Ross se encaminó a la salida, y momentos después estaba en la calle. Miró a la ventana. Yvonne se había asomado otra vez y le miraba, haciéndole un gesto. El sonrió, devolviéndoselo, y caminó a través de la calzada, hacia el coche color mostaza metálico, aparcado en el mismo sitio. Al volante, una chica rubia aparecía inmóvil, con gafas de sol, apoyadas las manos en el mismo.

No parecía haber nadie más dentro del vehículo. Ross apartó su mano de la pistola, y se inclinó, para abrir la portezuela del Datsun.

—Oye preciosa, ¿por qué no me cuentas lo que estás haciendo aquí y...? —

comenzó, apoyando su mano en la manecilla de la puerta.

De inmediato, captó algo. Sus ojos centellearon un instante. Luego, con formidable impulso, se arrojó hacia atrás, en una cabriola digna de un acróbata, dio dos volteretas en el aire sobre sí mismo, apartándose del coche mostaza... y éste se convirtió de inmediato en un volcán.

Reventó en medio de una explosión atronadora que arrancó vidrieras enteras de los alrededores, abolló puertas de metal y levantó fragmentos de asfalto junto con los trozos de chatarra en que se convertía el Datsun en medio de una bola de fuego y humo.

Ross, pegado al asfalto, de bruces, recibió sobre sus espaldas varios fragmentos de metal rebotados, y sintió la bocanada de fuego sobre su cabeza.

De haberse demorado sólo un segundo, ahora mismo estaría tan despedazado como el automóvil.

La gente corría despavorida, una alarma se disparó en alguna parte, y los silbatos policiales comenzaron a sonar en la distancia. En un escaparate cercano ardían las mercancías, y un empleado despavorido intentó apagarlas con un pequeño extintor, mientras Ross se incorporaba, con un par de cortes en sus manos y rostro, contemplando los restos del coche-bomba.

«Una buena trampa —jadeó—. Si giro un poco más el tirador de la portezuela, me lleva por delante. Aquella chica del volante... era un maniquí, simplemente.

Pero yo vi entrar antes a Dominó Baker en el coche... como la vio Yvonne.»

Miró hacia su ventana. Ya no se veía a la chica asomada tras los cristales. Era fácil imaginar su terror ante la trampa mortal dispuesta para él.

—¿Se encuentra bien, amigo? —preguntó una voz solícita, cerca de él —.

Sangran sus manos y su cara...

—Estoy bien, gracias —rechazó él vivamente—. Sólo son rasguños...

Se abrió camino entre el cerco de curiosos. Un coche-patrulla ululaba en las cercanías, aproximándose cada vez más. Apartóse del lugar del suceso, caminando rápido hacia la casa. De repente había tenido una idea incómoda.

Subió a toda prisa a su apartamento, pistola en mano. El ascensor le dejó en la planta octava en unos instantes. Llegó a su puerta, la abrió y entró decidido.

Yvonne no estaba en parte alguna. Su copa, casi intacta, reposaba en la mesita del living. Buscó por toda la casa, corriendo luego al exterior. Descendió como una centella al vestíbulo y preguntó por ella al conserje.

—¿La chica? Acaba de salir, señor Ingram. Se cruzaron ustedes. Ella bajaba en el otro ascensor...

Ross maldijo entre dientes y corrió a la acera. Era tarde. Había una gran aglomeración en la calle, de resultas del atentado. Buscar entre el gentío a la muchacha era tarea inútil. Yvonne Justin se había evaporado.

«¿Está asustada por lo ocurrido... o ella fue el señuelo para la trampa?», se preguntó Ross, preocupado, regresando a su apartamento con rapidez.

CAPITULO VII

—Yo... yo no podía saber lo que pretendían... —sollozó Yvonne, mirando con terror a los que la rodeaban—. ¡No podía saber que me utilizaban como cebo para asesinar a un hombre! Me dijeron.... me dijeron que se trataba tan sólo de un truco para saber lo que él conocía del asunto que les interesa...

Leonard DeWolff y Dominó Baker rieron burlonamente, contemplando a la joven. Luego, cambiaron una mirada con los dos hombres encapuchados que, escoltados por dos pistoleros de rostro frío y enjuto, asistían imperturbables a la cena, en aquel destartalado almacén repleto de cajones de mercancías con el distintivo *sex-shops* impreso en tinta negra sobre sus tablas.

—Lo hiciste bien, no hay duda —aprobó DeWolff, que era un tipo de

figura larga, interminable, brazos y piernas como alambres y rostro flaco, como tallado en piedra, en el que brillaban dos ojos tan negros como su lacio cabello brillante—. Estoy satisfecho de ti. Yvonne. Seguirás teniendo trabajo en el club, y nadie te molestará. ¿No te compensa eso del susto sufrido?

—No es sólo el susto —gimió la danzarina—. ¡Ese hombre pudo haber muerto!

—Hubiera sido un alivio para todos —rió el pistolero, guiñando un ojo a Dominó, que sonreía burlona—. Por desgracia, es un tipo demasiado astuto para caer fácilmente en una trampa. Tú viste, lo mismo que él, entrar a Dominó en el coche. Estuvo haciéndolo varias veces, hasta que él picó. Teníamos la ventana bien vigilada con los prismáticos especiales. No pudo ver salir a Dominó por la otra puerta tras presionar el resorte que hacía erguirse al maniquí con su aspecto ante el volante. Pero el muy ladino intuyó algo... y la trampa se fue al diablo.

—Ahora sospechará de mí, creerá que soy cómplice de un intento de asesinato

—lloriqueó Yvonne, angustiada—, Puede incluso denunciarme por ello, y me encarcelarán sin duda alguna. Ese hombre ha sido policía, es muy listo... y no tiene piedad.

—No. no la tiene —admitió DeWolff, ceñudo, brillándole malignamente los ojos—. Sabemos eso muy bien. Liquidó a varios amigos nuestros con suma facilidad. Pero tú no tienes nada que temer. Has confesado no saber nada de lo de LaVerne. viste que él le decía algo a ese ex policía mientras agonizaba, aunque no oíste qué era. Eres una buena chica, y cuanto menos sepas, mejor para ti. Pedí tu colaboración y la prestaste. Sabes lo que te conviene. Te protegeremos de ese tipo, no lo dudes.

—Pero yo hice el encargo sin sospechar que habría un coche bomba preparado para Ingram —volvió a insistir Yvonne, exasperada.

—Claro. Eso deja libre tu conciencia, ¿no. querida? —rió Dominó, sarcástica, acercándose y pasando suavemente una de sus manos sobre los pechos de la otra.

Yvonne se echó atrás con un gesto de asco, en la silla donde se hallaba sentada, bajo la luz cruda de una lámpara vertical. Dominó la miró iracunda, mordiéndose el labio inferior. y regresó junto a DeWolff, murmurando entre

dientes:

—Pequeña zorra... Sólo te gustan los machos, ¿eh, estúpida? Seguro que te hubieras acostado gustosamente con ese polizonte...

—Cualquier cosa hubiera sido mejor que llevarle a la muerte, como estuvo a punto de suceder —se quejó Yvonne—. Estoy dispuesta a colaborar para no perder mi empleo y para que no me hagáis daño, pero no soy una asesina.

—Nadie lo es aquí, estúpida —se irritó Dominó—. El mató a varios amigos,

¿no? Se trataba sólo de un ajuste de cuentas. Ya te dijimos que nada tuvimos que ver con lo de tu amigo Duke. Era tan amigo nuestro como tuyo. Nunca debió sobrepasar la dosis.

—Ingram dice que hubiera sido igual. La droga estaba adulterada, era peligrosa.

—Ya basta —cortó con voz glacial uno de los encapuchados, haciendo un gesto con su mano enguantada—. Hablas demasiado, muchacha. Llévala a la otra habitación y tenedla vigilada de momento. Hemos de conversar nosotros. Leo.

—Claro, jefe —asintió servilmente Leonard DeWolff. Hizo un gesto a Yvonne—.

En marcha, querida. Ven conmigo. Estarás un rato con Dominó, en otra estancia mientras nosotros charlamos.

—Quiero salir de aquí —musitó Yvonne, asustada, mirando a unos y otros—.

Tengo miedo. Me siento como prisionera de vosotros.

—No tienes nada que temer. Nunca volveremos a utilizarte en una cosa así, preciosa —la calmó DeWolff—, Y nadie va a hacerte daño aquí, ¿está claro? Eres nuestra amiga.

Hizo un gesto a Dominó. Esta tomó a Yvonne por el brazo. La joven la apartó con brusquedad, como si el contacto la quemara.

—No. deja —habló con acritud—. Ya sé caminar sola.

—Como quieras, encanto —refunfuñó Dominó, siguiéndola tras darle una palmada en el trasero que hizo dar a Yvonne un respingo de

disgusto.

Desaparecieron las dos tras una puerta al fondo, que daba a una estancia amueblada sólo con una mesa y dos sillas, bajo una lámpara de pantalla de vidrio verde. La puerta se cerró tras ellas. DeWolff fue a comprobar que ninguna permanecía tras la hoja de madera, y regresó junto a los dos encapuchados y su escolta de pistoleros profesionales.

—Ya está —dijo—. Hablaremos de nuestros asuntos. ¿Cuándo sale esta mercancía?

Y señaló los cajones de objetos para la venta en las *sex-shops* de la ciudad, todos ellos procedentes de Hong Kong y Taiwan.

—Luego hablaremos de eso —habló fríamente uno de los encapuchados, cuyos ojos centelleaban tras las caperuzas—. La tarea de distribuir la droga, una vez metida ya en este almacén, es cosa sencilla. Leo. Lo importante ahora es la chica.

—¿La chica? —pestañeó DeWolff.

—Sí. Te pedimos una muchacha de aire inocente para ese papel. Acertaste.

Pero ahora ella podría ir con el cuento a la policía. Está asustada y resulta peligrosa. Deshazte de ella esta misma noche.

—¿Quiere decir que... debemos...?

—Ya has oído a mi socio —terció el otro encapuchado, silencioso hasta entonces—. ¿Algún problema para liquidar a esa chica?

—No. no. ninguno —tragó saliva DeWolff—, Me ocuparé de ella de inmediato.

—No. espera. Mejor cuando nosotros nos vayamos —dijo el primer encapuchado—. Deshaceos luego de su cadáver. E inventad una excusa para su ausencia del club. Será lo mejor.

—Claro. Se hará todo como dicen. Lamento que fallara lo del coche bomba...

—Nosotros también. Ahora será preciso buscar otro medio de acabar con ese ex policía. Y no volver a fallar, naturalmente.

—Aquí está la lista de las *sex-shops* de Los Angeles que deben recibir mañana la mercancía —dijo el otro, entregando a DeWolff un papel—.

Se detallan ahí los artículos que se han de entregar a cada una.

—Comprendo. Se hará la distribución de inmediato —asintió DeWolff tomando la lista—. ¿Tienen ya los destinatarios las listas de entregas de la droga?

—Todo está a punto. Procuraremos así paliar lo mejor posible la grave pérdida sufrida con la droga de los juguetes. Si esta remesa fallara, dejaríamos desabastecido el mercado de la zona al menos durante dos o tres meses. La operación vale millones. DeWolff. Esperamos que seas tan eficaz como lo fue en vida Sam Maddox.

—Así será, no teman nada —afirmó el pistolero con tono enfático.

—Yo no temo por nosotros, sino por ti —rió uno de los individuos anónimos fríamente—. Si fallas otra vez, tendremos que prescindir de ti definitivamente. Y

ya sabes lo que eso significaría...

DeWolff asintió, palideciendo. Vaya si lo sabía. Los dos encapuchados se dirigieron a la salida, seguidos por sus esbirros armados. DeWolff les siguió, servil.

—Dentro de pocas horas, estará todo distribuido —aseguró—. Y la chica hará dejado de ser una molestia...

—Eso esperamos. Recuerda que, aunque los Números Dos y Tres han desaparecido, nosotros cinco, los que aún quedamos, somos todavía lo bastante fuertes como para no tolerar fracasos ni injerencias. En su momento, sabrás lo que hemos decidido sobre ese Ross Ingram. Y tendrás que cumplir las instrucciones... sin fracasos.

Llegaban ya ante la puerta metálica del gran almacén portuario donde los artículos supuestamente eróticos esperaban su distribución, con la carga de heroína pura dentro. Sobre ellos, el sello de las Aduanas garantizaban y a la inmunidad de la operación.

Abrió la puerta uno de los pistoleros.

Fue como abrirla a la misma muerte. Una voz habló con la aspereza y sequedad de un ladrido:

—¡Atrás todos, pronto! ¡Que nadie intente el menor movimiento!

Una sombra ominosa apareció en la puerta. Los encapuchados y su

escolta eran demasiado expertos y hábiles para someterse fácilmente a una conminación

así. Todos, enmascarados y esbirros, buscaron sus armas con presteza propia de su oficio.

Desde la puerta, sonó un arma silenciosa. Fueron como chasquidos, pero cada de ellos llevaba su mensaje de muerte. Los dos pistoleros fueron las primeras víctimas. Cayeron dando un salto atrás, con el cráneo reventado por una bala de calibre 45. DeWolff, horrorizado, vio sus cadáveres, como pingajos sanguinolentos, voltear contra las cajas de artículos pornográficos. Los encapuchados tenían ya sus pesadas automáticas en la mano, y él mismo buscó la propia.

De nuevo rugió el revólver en la mano del intruso, llameando silenciosamente, con sordos taponazos. Dos nuevas balas brotaron del arma, y alcanzaron a los encapuchados. Eran disparos certeros, mortíferos. Darles una sola oportunidad de disparar a aquellos individuos, era como firmar la propia sentencia de muerte.

Y el tirador de la puerta lo sabía muy bien.

DeWolff tenía su pistola del 38 en la mano, apuntando hacia el recién llegado, mientras la puerta de la habitación del fondo se abría violentamente, asomando por ella Dominó Baker, empuñando una pequeña pistola niquelada del calibre 22 , mientras se parapetaba tras de la asustada Yvonne Justin.

—;Ross Ingram! —rugió Dominó—. ¡Maldito polizante, si no tiras el arma, mato a tu amiguita Yvonne!

Ross estaba disparando en ese momento sobre DeWolff, que no pudo anticiparse a su enemigo, pese a que lo intentó. Tal vez su propio horror, al ver caer tan sencillamente a todos sus compañeros, le había hecho ser más lento de lo habitual. Y eso, ante un tirador como Ross Ingram, era jugarse la vida y perderla.

Cuando DeWolff caía hacia atrás, con un balazo en el corazón, vidriados sus ojos por el último pánico de este mundo. ya Yvonne lograba pegar un formidable codazo a su captora y pisarle un pie con su tacón rabiosamente.

Dominó chilló, echándose atrás impulsada por el dolor, y su pistola como de juguete vomitó un ruidoso fogonazo. La bala rozó la mejilla de Yvonne, causándole un lacerante efecto abrasador que la hizo chillar. Pero al apartarse, dejó a Dominó sola frente a Ross Ingram.

Este apretó el gatillo sin vacilar.

Dominó pegó un salto atrás, con los ojos desorbitados. Su arma disparó de nuevo, sobre Ingram esta vez. con rabioso afán de matar. Pero ya no había fuerza ni tino en aquella mano. La rubia jovencita había recibido un proyectil disparado por Ingram, justo sobre la frente. La bala perforó su hueso y se alojó en su cerebro. Cayó muerta instantáneamente.

—Dios mío. Dios mío, cuánta sangre... —sollozó Yvonne, lívida, cubriéndose el rostro con ambas manos.

—Ellos no hubieran vacilado en verter la suya. Yvonne —dijo fríamente Ross, bajando su revólver, ya vacío de proyectiles—, Escuchaba tras esa puerta.

Decidieron asesinarla esta misma noche para deshacerse de un testigo molesto.

—Dios mío, no... —gimió la joven, horrorizada, mirándole con ojos incrédulos —

. Si yo no sabía nada...

—Para ellos era suficiente con que pudiera un día declarar algo contra Dominó.

DeWolff y su tráfico de drogas —suspiró Ross—. Esos dos encapuchados deben ser los Números Cuatro y Cinco. Si la agenda de Terence Callum, una vez descifrada su clave, no mentía, se tratará de dos conocidos comerciantes e industriales de esta ciudad: el uno. Warren Meredith, dueño de la cadena más importante de *sex-shops* de Los Angeles. El otro. Hughth Forwood, propietario de una envasadora de conservas y, a la vez, amigo de Marne Payton, alto funcionario del Servicio Aduanero de California, que curiosamente, es el Número Seis de la sociedad criminal. Como ve, lo mejor de la sociedad y de las finanzas locales.

Se inclinó, les arrancó las caperuzas y comprobó sus documentos, moviendo afirmativo la cabeza.

—Se lo dije —confirmó—. Eran ellos. La agenda de Callum no mentía.

Yvonne estaba llorando. Ross caminó hacia ella y la rodeó con su brazo, afectuosamente. No pudo evitar que los agresivos senos de la bailarina se apoyaran en su pecho con fuerza. Notó su dureza y

esplendor.

—Vamos, cálmese —pidió—. Nadie va a hacerle daño ya. Tiene aquí a su ángel guardián que acaba de sacarle las castañas del fuego, a pesar de su mala acción de esta mañana.

—Ellos me obligaron... Nunca me dijeron que se trataba de...

—No siga, sé todo. Ya le dije que oí la escena completa. Me alegra saber que usted, al menos, no es una más en esta basura hedionda. No hubiese matado a una mujer, pero vi la muerte en los ojos de Dominó Baker. Estaba corrompida ya por completo. No vacilaba en asesinar. Seguro que hubiese sido la persona encargada de ejecutar en usted la sentencia.

—¿Cómo pudo llegar hasta aquí. Ingram? Usted no podía saber...

—Yo sé muchas cosas —rió el ex policía duramente—. Del mismo modo que usted supo dónde vivía yo. yo averigüé dónde vivía usted. La vigilé todo el tiempo, hasta que la vi salir con Dominó y DeWolff. Les seguí. Y me trajeron aquí fácilmente, eso es todo. De no haber tenido esa ocasión, me hubiera dedicado a seguir a Meredith o a Forwood. Sabía que ellos eran los Números Cuatro y Cinco.

—¿Y sabe también quiénes son los demás? —se asombró Yvonne, mirándole muy de cerca.

—Sí. con la excepción del Número Uno. De ése, no sé nada. Ya le dije que el aduanero Marne Payton es el Número Seis. Y Bruce Slaney el Número Siete.

—¡Bruce Slaney! —pestañeó la joven, atónita—. ¡Pero si es...!

—Sí. sé quién es —afirmó Ross—. Una persona demasiado importante, no sólo en esta ciudad, sino en todo el país. Ya ve cómo son las cosas. Grandes financieros, importantes industriales, cargos públicos, políticos... Hay de todo en el mundo del crimen organizado. Es el hampa dorada de este país, la aristocracia del delito. De no mediar mi llegada aquí esta noche, mañana la droga estaría preparada para su reparto en las *sex-shops* de Meredith. Y otro día sería en latas de conserva de Forwood.

—¿Y el número Uno... *quién* puede ser? —musitó Yvonne, perpleja.

—Vaya usted a saber. Ahora, vamos, vamos. Hay que telefonar a la policía

para que se haga cargo de todo esto cuanto antes. Y usted necesi ta un descanso, olvidar esta horrible noche...

—Ingram, ¿de verdad no sospecha de mí, no va a denunciarme por...?

—No voy a hacer nada contra usted. Yvonne —sonrió Ross—. Nada que usted no me pida, claro está...

Y salió del almacén convertido en matadero, llevando consigo a la desfallecida bailarina. Desde una cabina pública, telefoneó al Departamento de Policía. Luego, emprendieron ambos la marcha en el coche de Ross, de regreso al centro urbano.

Al día siguiente, al publicarse la noticia en los periódicos , una información de última hora añadía que. tras una denuncia anónima, el conocido aduanero Marne Payton había sido arrestado, acusado de irregularidades graves en la autorización de entrada de mercancías en el puerto de Los Angeles, y la policía había ha llado en su poder gravísimos indicios de culpabilidad en el tráfico de drogas y en varios asesinatos relacionados con el mismo.

Esa noticia hizo que un importante hombre público de la nación. Bruce Slaney.

se suicidara horas después en Washington, sin saberse los motivos de su trágica decisión. Al conocer ese hecho, también Marne Payton puso fin a su existencia en la propia celda de la cárcel donde fuera encerrado provisionalmente, colgándose de su propia corbata.

Para la policía de Los Angeles, el caso se cerró oficialmente sin que el Departamento de Narcóticos y el de Homicidios, trabajando juntos, llegaran a conocer de modo oficial la personalidad del hombre que exterminó virtualmente a toda la poderosa organización criminal de Los Siete.

Para la prensa. DeWolff o Dominó Baker podía ser el Número Uno, y como ya habían muerto ambos, el caso quedaba definitivamente concluido.

CAPITULO VIII

—Definitivamente concluido... —suspiró Waldo Stensgaard, depositando una corona de flores frescas en el suntuoso panteón de su hijo Duke—. ¿Cree de veras que es así. Ingram?

—Para mí nunca habrá terminado, mientras no sepa quién fue el Número Uno de esa organización, señor Stensgaard —confesó Ross con expresión taciturno, erguido ante el mausoleo compuesto por la estatua de mármol blanco y negro, en el centro del hexágono de piedra gris.

—Creo que eso ya importa poco —se encogió el viejo millonario de hombros, con aire cansado— Por sí solo, poco podrá hacer en el futuro. Su organización quedó destruida. Y mi hijo ha sido vengado. Los que causaron su muerte ya no existen.

—Si se conforma sólo con eso...

—Para mi, es más que suficiente —confesó el anciano—. Ahora sé que Duke descansará en paz en esta tumba. Se ha ganado usted bien su dinero. Ingram. Ya hice la transferencia a su nombre por el resto de la suma. Y le espera un valioso presente, como prueba de mi gratitud.

—No tiene que darme nada más. Era un encargo. Y lo he cumplido. No sólo su hijo, sino muchos californianos, descansarán ahora tranquilos sin esa organización llenando de droga la ciudad, e incluso el Estado.

—De todos modos, lo hizo usted muy bien. Nadie hubiera logrado vencer a esa banda tan fácilmente.

—Había que ser más duro que ellos para conseguirlo, no tener piedad. Y yo no la tengo con según qué gente, señor Stensgaard.

—Sí, ya me he dado cuenta de ello. ¿Sospecha algo el teniente Turner?

—Lo sospecha todo. Pero no puede probarme nada. Me deshice del arma con la que exterminé a esos rufianes. Sólo una persona es testigo de lo que hice. Y

no hablará.

—¿Va a deshacerse de ese testigo?

—Cielos, no. No soy un asesino. Sólo un frió ejecutor de cierta clase de sentencias de muerte que la ley no se atreve a aplicar. El testigo de que le hablo es una mujer. Y no va a hablar nunca a nadie de lo que presencié cierta noche...

—No esté demasiado seguro de eso. Las mujeres no son de fiar. Ingram.

—Nadie lo es del todo. Pero aunque pensara ir a la policía y contarle todo, no la causaría yo el menor daño. Después de todo. Turner no puede hacerme nada por haberle ayudado a limpiar esta ciudad de detritus.

—¿Se ha enamorado de ella?

—Digamos que me gusta. Eso es todo.

—Mala cosa. Dejará de ser un hombre duro. Esa mujer le ablandará.

—Es posible. A veces conviene ablandarse un poco.

—Bien. Ingram. Le deseo suerte —le alargó una mano flaca y huesuda, que

temblaba ligeramente. Una sonrisa suave distendió la faz sombría del millonario—. Le estoy muy agradecido por todo.

—Me limité a cumplir una promesa, aunque sólo en parte.

—¿En parte, dice? —se extrañó Stensgaard.

—Sí, señor. Recuerde que el Número Uno sigue vivo en alguna parte.

—Oh, olvide eso —hizo un ademán significativo—. Por si solo no hará nada, estoy seguro.

—Es extraño que no desee vengarse también, precisamente en la persona que más responsabilidad tuvo en la muerte de su hijo: el jefe supremo, el cerebro de la organización, cuya identidad ni siquiera sus socios restantes conocían...

—Tal vez empiece a cansarme tanta venganza, tanta sangre derramada.

Después de todo, lo que más deseaba era ver destruida esa organización, aniquilado su infame tráfico de estupefacientes, su criminal adulteración de la droga. Todo eso ya se ha conseguido.

Dejemos las cosas como están. Además.

¿quién nos puede asegurar que el Número Uno sea el cerebro de todo el plan, como usted dice?

—Yo.

—¿Usted lo asegura? —el millonario enarcó las cejas, parándose y mirándole con fijeza.

—Sí, señor Stensgaard.

—¿Cómo puede estar tan convencido de ello? Ni siquiera sabe quién es...

—Yo no dije eso —respondió suavemente Ross—. Dije que sus socios no sabían quién era él. Yo. .. yo sí lo sé.

Hubo un silencio. Los ojos de Stensgaard reflejaron un asombro infinito.

Pareció que iba a decir algo, apretó los labios y calló unos momentos. Luego, logró hablar al fin:

—¿Lo sabe? ¿Y por qué no me lo dijo antes? ¿Por qué no trata de destruirle también a él como hizo con los otros?

—Porque ese criminal me da pena.

—i Pena' ¿No dice que es el jefe supremo de la organización?

—Así es. Pero tiene suficiente ahora con saber que es el *único* responsable de la muerte de alguien. Que los demás miembros de Los Siete se limitaban a cumplir sus órdenes.

Que él, y sólo él, causó la muerte de personas como Duke Stensgaard.

—¡No, eso no es cierto! —protestó vivamente el millonario, palideciendo—. No puede ser verdad...

—Claro que lo es. Y en su pecado lleva su castigo y su penitencia. Hasta que muera, sabrá eso. No importa que haya querido lavar su conciencia, considerándose del todo inocente de la muerte de un muchacho, y pretendiendo el fin de todos sus socios para limpiar así su propia culpa. No recurrió a la delación porque la consideraba indigna, pero encargó a alguien que podía hacer el trabajo, del exterminio de toda la banda criminal. Era como una redención, como

sentirse liberado de una carga. Pero eso es falso y él lo sabe. Ahora mejor que nunca, sabe que si alguien mató a Duke Stensgaard, ese alguien fue él, su

propia mano, su mente, a través de los tentáculos de la organización que dirigía en la sombra.

Otro pesado silencio cayó sobre el mausoleo, en la fría tarde húmeda. El viej o millonario se estremeció. Bajó la cabeza. Ross vio temblar sus manos intensamente.

—Usted... lo sabe —jadeó al fin Stensgaard.

—Sí, lo sé. Ya se lo dije.

—¿Cómo. .. cómo pudo saberlo?

—Simple intuición. Los policías tenemos mucha. Algo me decía que era *usted* el Número Uno, señor Stensgaard. Y que quería sólo limpiar su conciencia vengando en cierta forma a su hijo. Pero luego, al ver que se conformaba con lo hecho y no pretendía que se diera caza al Número Uno, me convencí de ello.

—Yo. .. yo no tengo culpa de lo de Duke... Está equivocado. Le amaba... más que a mi propia vida.

—Pero él no le amaba a usted. No le gustaba esta casa ni su vida en ella. Se lanzó a una existencia muy distinta, en las noches de la ciudad. Y eso le llevó a la droga. Y a la muerte. Una muerte de la que usted y sus socios sacaban siempre buenos dividendos. ¿Cómo podía usted imaginar que una de las víctimas de su propio negocio sucio iba a ser, precisamente, su propio hijo? Eso desencadenó en su persona una sorda lucha interna. Pensó en el suicidio, sin duda. Pero eso no bastaba. Quiso culpar a los demás de lo que, en mayor parte, era su propia culpa.

Y dispuso fríamente la disolución de la sociedad a través mío. Ahora ya se sentía feliz. Creía que eso bastaba, que su hijo, desde la eternidad, le perdonaría sus responsabilidades. No creo que sea así. Ni él ni Dios pueden perdonarle, señor Stensgaard, como yo mismo no le perdono, aunque sienta piedad por usted. Va a ser una amarga existencia la suya, ahora que ya no puede hacer nada p or limpiar del todo su conciencia culpable.

Lentamente, el millonario afirmó con la cabeza. Levantó los ojos, húmedos, hacia el ex policía.

—Tiene razón —jadeó—. Sé que tiene razón. Siempre temí que ocurriera esto.

No bastaba con eso, debí comprender lo. Ellos adulteraban la droga. Yo lo sabía, pero fingía ignorarlo. Así aumentaban sus ganancias a espaldas mías. Les dejaba hacer, porque necesitaba la organización. Hasta que un día... Duke fue la víctima.

Me dije que yo no era responsable, que no adulteré la droga. Pero sabía que lo hacían y no moví un dedo para impedirlo. Otros muchos murieron por esa causa.

Y Duke, mi propio hijo, era uno de ellos. Cometí el error de pensar que otros eran los responsables, no yo. Usted me ha dicho la verdad. Una ruda, amarga verdad.

No creo que pueda sobrevivir con ella.

—Ese es asunto suyo, señor Stensgaard —dijo Ross, encogiéndose de hombros—. No puedo demostrar ante nadie que usted es el Número Uno.

Moralmente, ambos sabemos que usted es culpable. Eso me basta. Adiós.

Ahórrese su regalo. Como ve, no merece la pena. No me he hecho acreedor a él.

Dirigió una última mirada a la estatua del joven rubio tallado en piedra blanca.

Meneó la cabeza de un lado a otro, contempló la llama perenne del lujoso

mausoleo, y echó a andar, volviendo la espalda a Waldo Stensgaard, que de repente parecía muchos años más viejo, casi un centenario...

—Adiós. Ingram. Y que, cuando menos, sea usted feliz —oyó musitar al anciano.

—Lo intentaré —fue su respuesta.

Cuando hubo salido de la lujosa mansión de los Stensgaard, se cruzó con el coche que conducía Val Skegson. Iba sola, sin su marido. Detuvo el automóvil, largo y costoso.

—¿Se va, Ross? —preguntó.

—Sí. Val. Ya terminé aquí.

—No del todo —sonrió ella, insinuante, alargándole una mano—. Dejamos una interesante charla en suspenso... Podemos continuarla ahora... o cuando quiera.

—Será mejor que no —sonrió Ingram—. Siga viviendo su vida. Val. Yo quedo fuera de ella, se lo aseguro.

Hizo un gesto de despedida y se alejó. Val Skegson lanzó una sorda imprecación de ira. y arrancó con fuerza, penetrando en la mansión. La verja se cerró silenciosamente tras ella.

Ross cruzó la alameda. Su coche usado esperaba al otro lado. Junto al asiento del volante. Yvonne Justin esperaba. Le sonrió, aliviada.

—Pensé que no volverías nunca —musitó.

—Como ves. he vuelto.

—Toma tu sobre —le devolvió un abultado sobre cerrado y lacrado—. Ya no sirve, ¿no?

—No. ya no. Te lo dejé por si no volvía. Había peligro ahí dentro. Pero las cosas son distintas a como temí. Mi último enemigo está demasiado débil y vencido para pretender deshacerse de mí. Esta confesión mía ya no tiene utilidad.

—No te entiendo, pero es igual. Esa chica que te habló... es Val Skegson. ¿no?

La conozco del club.

—Sí, es ella.

—Una guapa chica. Y muy rica. Siempre compra a los hombres.

—Sí, en cierto modo trató también de comprarme a mí —sonrió Ross, sentándose al volante y contemplando los muslos de su compañera, que la corta falda dejaba al descubierto—. Pero no resultó, ya lo viste.

—¿Por qué no te dejaste seducir? —sonrió Yvonne, mirándole.

—Porque ya me ha seducido otra chica —rió Ingram, poniendo el coche en marcha—, ¿No te parece suficiente razón?

—Pero. Ross, ella es una millonaria muy hermosa y elegante, yo una

vulgar corista...

—*Eras* una corista que hacía *strip-tease*. Eso se acabó. Nos vamos juntos a alguna parte. Tengo suficiente dinero para establecernos, para iniciar algo y olvidar que fui policía y, en cierto modo, detective privado, juez y verdugo, todo en una pieza. Estoy harto de violencia.

—Ross, soy tan feliz al oírte hablar así... —ella le rodeó con un brazo y se pegó a él.

Fuera, la vida esperaba a una joven pareja que pretendía huir de la

gran ciudad, de la miseria de sus calles, del asfalto que que maba con el fuego del vicio, la corrupción y la miseria humana.

Cuando menos. Ross Ingram y su compañera iban a intentar iniciar una nueva vida. Y posiblemente tuvieran éxito en su empeño.

F I N